

LA MUJER DE URÍAS

DRAMA EN TRES ACTOS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO

en prosa, original de

Salvador Llanas Rabassa.

GRACIA - 1882.

BARCELONA.

LIBRERÍA «LA UNIVERSITARIA» DE S. DURÁN

5 — RAMBLA DE CANALETAS — 5

1884.

LA MUJER DE URÍAS.

LA MUJER DE URÍAS

DRAMA EN TRES ACTOS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO

en prosa, original de

Salvador Llanas Rabassa.

GRACIA — 1882.

BARCELONA.

LIBRERÍA «LA UNIVERSITARIA» DE S. DURÁN

5 — RAMBLA DE CANALETAS — 5

1884.

Imprenta de los Suc. de Ramirez y C.ª, pasaje de Escudillers.

AL SEÑOR

D. Emilio de Sisternes y Bruguera

Al dedicar, á usted, la presente obra, no me han guiado otros móviles que los del agradecimiento y respeto. *Agradecimiento*, porque en más de una ocasión, se ha dignado, usted, animarme en la espinosa senda que he emprendido, y, *respeto* porqué al establecer paralelos entre usted y yo, veo la enorme distancia que nos separa, en todos terrenos.

Al mismo tiempo, aprovecho esta dedicatoria para aclarar la duda, que, tal vez, pudiere ocurrir á alguno de mis lectores, al ver publicado un drama, sin haberse estrenado todavía; así es que, al manifestar no haber sido yo el primero quien tal rumbo ha seguido, cómo puede verse en el príncipe de los ingenios españoles, al dirigirse al conde de Lemos: «*Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias antes impresas que representadas*,» declaro que la causa de no haberse estrenado, hasta hoy, este drama, es muy grave; causa que ya conoce usted, y esto me basta.

Réstame pues, ahora, suplicarle se digne admitir la débil prueba del respeto y gratitud que le profesa su respetuoso amigo y paisano,

El Autor.

Barcelona 5 de Julio de 1882.

PERSONAJES.

ADELINA.
MARÍA.
ALFREDO.
SANTIAGO.
ANGEL.
EL DOCTOR (GIL.)
ANTONIO.
EL MARQUÉS DEL PINAR.
UN CRIADO.
DOS CAMPESINOS (No hablan.)

Epoca contemporánea. Acción; prólogo y epílogo, Barcelona. Actos primero, segundo y tercero, Ginebra (Suiza.)

PRÓLOGO.

Salón principal de la casa de don Alfredo. Puerta al foro; un balcón a la izquierda y puerta de un gabinete á la derecha. Dos consolas con espejo, magníficas colgaduras, sillas con asiento de damasco. Mesa, en el centro, con recado de escribir. Una lujosa lámpara con globo opaco, ilumina la escena. Son las ocho de una noche del mes de Enero.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, ANTONIO.

ALFR. Con que muchos, ¿eh?

ANT. ¡Pshé! Tres ó cuatro.

ALFR. Bien. (*Siéntase.*)

ANT. Es decir, estos han sido los de reglamento, los que tienen vara alta; pero los extraordinarios, ya lo creo, á lo menos doce, durante la ausencia de usted.

ALFR. Muy bien; escucha. ¿Cómo los recibe?

ANT. ¿Cómo los recibe?... ¡Qué sé yo! así así; á los unos, ó como si dijéramos á los no abonados, con cara risueña, festiva y un poco de si es, no es...

ALFR. Comprendo.

ANT. Pero á los cotidianos, á los de confianza, se les recibe de otra manera.

ALFR. Sí, ¿eh?

ANT. ¡Oh, sí sí; ya lo creo! Ya verá usted; me explicaré.

ALFR. Acaba pronto.

ANT. Es expansiva y bulliciosa con el letrado, el del segundo.

ALFR. Sí, ya sé...

ANT. Grave, atenta y hasta circunspecta con don Santiago, el banquero.

ALFR. ¡Ya!

ANT. Y por último, melancólica y romántica con el poeta.

ALFR. ¡Hola! ¿Esas tenemos? ¿Entran también las musas ¡Un poeta!

ANT. Sí, señor; pero dicen que es un poeta de guardilla; un loco, un soñador; así le llaman sus contrincantes.

ALFR. Y ¿quién es él?

ANT. El inquilino del cuarto.

ALFR. No le conozco.

ANT. Hace poco que ha llegado de la corte.

ALFR. (*Ap.*) Disimulemos. Pero bien, tú habrás oido, sospechado y visto...

ANT. Lo que acabo de contarle.

ALFR. No es eso. (*Pausa.*) (*Antonio se encoge de hombros.*) Vamos, toma, (*le da una moneda*) y sigue.

ANT. Es usted muy amable.

ALFR. Acaba pronto.

ANT. ¿Qué desea saber usted? ¿El más favorecido? ¿El que paga? ¿Las citas? ¿La lista de los tertulios? ¿Las horas que dura la fiesta? ¿El traje que usa la señora? ó quizá, lo que se toma en el ambigú... las visitas que ella hace, las casas que frecuenta... las...

ALFR. ¡Basta! (*Ap.*) Este miserable no sabe comprender que me mata.

ANT. Todo, todo, señor, puedo yo aclararle; estoy a corriente de todo.

ALFR. (*Ap.*) Ya llegará mi turno. No, Antonio, no; todo eso poco me importa.

ANT. ¿Ah, no?

ALFR. No.

ANT. Mejor. (*Ap.*) Es extraño.

ALFR. Con todo y ser tan perspicaz y malicioso, ¿no has podido comprender lo que deseo? ¿Tan torpe eres ?

ANT. Pues francamente, señor, confieso mi torpeza, no sé á lo que se refiere usted.

ALFR. Seré más explícito. Oye. (*Ap.*) ¡Cuánta humillación!

ANT. Diga usted; soy todo oidos.

ALFR. (*Receloso.*) ¿No hablàn nunca de mí?

ANT. ¡Hombre! al diablo se le ocurre...

ALFR. ¡Contesta! ¿hablan ó no?

ANT. Nunca.

ALFR. ¿Nunca?

ANT. No, señor, no; á lo menos estando yo presente.

ALFR. Entónces sus conversaciones...

ANT. ¡Ah, sus conversaciones! Ya verá usted. En tertulia se habla de actualidades; además, don Santiago ya se sabe, de la bolsa, cotizaciones, pero sobre todo de dinero; de dinero. El letrado, de expedientes civiles y causas criminales; don Pánfilo, de política, prometiendo que los suyos cuando suban al poder nos harán felices á todos; y de poesías y de un tal Urías, el poeta.

ALFR. ¿Urías?

ANT. Sí, señor, ó don Urías. ¡Qué se yo! Don Angel, que así se llama el poeta, dice que su señora de usted, doña Adelina, es la mujer de Urías; á no ser que usted se llame así...

ALFR. (*Ap.*) ¡Qué escándalo! ¡Oh! ¿Entónces hablarán tambien de David!...

ANT. Es verdad, tiene usted razón, sí; sí; ya me acuerdo: y ¿sabe usted á quién llaman David?

ALFR. No, no...

ANT. Pues... al banquero.

ALFR. (*Ap.*) ¡Mi principal!

ANT. Sí: y además que Urías tiene á su mujer abandonada.

ALFR. ¡Abandonada!

ANT. Y en fin, á mi señora doña Adelina la llaman doña Bernabé.

ALFR. ¡Eh! ¡quita allá!

ANT. Crea usted que no miento; digo la pura verdad, Doña... Ber... nabé; no sé si habré equivocado el nombre, pero si acaso, es muy parecido. Pero no, no, ya digo bien: doña Bernabé ó Bernabé á secas; así la llaman.

ALFR. Betshabé, será tal vez.

ANT. ¡Eso es! ¿Vé usted como se parece mucho?

ALFR. (*Reconcentrado.*) Pero faltará Absalón y...

ANT. Yo no sé si faltará: lo cierto es que en los días

que la señora recibe, no quedan sillas desocupadas y á mí me dan mucho que hacer; mas, cuando don Angel, el poeta, habla de la señora de Urías, de esa doña Bernabé, todos los circunstantes ríen, y hasta la misma doña Adelina torciendo un poco el gesto y jugando con el abanico y así, muy coloradita, mirando al suelo, ríe también.

ALFR. (*Ap.*) ¡Infame!

ANT. ¡Oh! y ahora vamos á reir nosotros.

ALFR. ¿Por qué?

ANT. Porqué, dicen, que el poeta está confeccionando una comedia que se titulará *La mujer de Urías* y que la echarán luego.

ALFR. (*Ap.*) ¡Qué vergüenza!

ANT. Dicen ellos que van á divertirse mucho. Podrá usted verla también.

ALFR. (*Seco.*) No reirán.

ANT. ¿No?

ALFR. No. Y digo que no reirán, porqué no verá la luz pública esa comedia que tú dices.

ANT. Don Alfredo, lo siento.

ALFR. ¿Por qué?

ANT. ¿Por qué? ¡Toma! Por que no podré reir.

ALER. Veo que eres amigo de la broma también.

ANT. ¡Vaya! ¿Y por qué no? No haciendo mal á nadie...

ALFR. Pues por esta vez paciencia, amiguito; ya se ha reido bastante.

ANT. Con que ¿no habrá comedia?

ALFR. Tragedia tal vez.

ANT. ¿Y qué es ello?

ALFR. Ya lo verás.

ANT. ¡Oh! pues entonces ya reiré.

ALFR. O llorarás.

ANT. ¡Malo!

ALFR. En las tragedias se derrama sangre.

ANá. Malo, malo.

ALFR. Se representará sí, la mujer de Urias, pero no tal como la ha concebido el poeta.

ANT. ¿Usted le conoce?

ALFR. No, pero le veré luego.

ANA. ¿Usted se presentará á él?

ALFR. No; él vendrá á mí. Mira, sube, á su guardilla

y (*escribe en el dorso de una tarjeta*) se llama, dices...

ANT. Angel Carrillo.

ALFR. Entrégale esta tarjeta. Toma.

ANT. Huele á duelo.

ALFR. Cumple tu misión y calla. ¡Ah! escucha. Para nadie más estoy en casa.

ANT. ¿Ni para la señora?...

ALFR. ¡Para nadie! Estoy aguardando tu vuelta, Antonio.

ANT. Al instante. (*Vase.*)

ESCENA II.

ALFREDO.

¡La mujer de Urías! Bien, muy bien: afortunadamente he salido ileso, hasta ahora, de la batalla que he librado contra *«los ammonitas en el sitio de Rabba, los enemigos de David»*, de don Santiago, ó mejor diré: mios. ¡Don Santiago! El hombre que no contento, cual vampiro, en chuparme la sangre, en explotarme la vida, en oscurecer mi porvenir y menguar mi nombre... juega; se entretiene, me escarnece, me hace objeto de la irrisión general, robándome lo que más amo, lo único que amaba, porque ya no la tengo; ¡mi honra! (*Pausa.*) Y ella, ella, ¡infame! ella por quien hubiera dado yo, mil veces mi vida para ahorrarle un gemido, y mi alma por no verle correr una sola lágrima, con la más negra de las ingratitudes, paga tanto desvelo, tanto cariño. (*Pausa.*) ¡Es mujer! ¡Ay del que necio en ellas fía! ¡Pero él, el hombre á quien, durante diez años, he dado mil pruebas de adhesión, respeto y fidelidad, ese hombre ó ese mónstruo, paga mis servicios á tal precio! Él, me ha hecho apartar, con sus pretextos buscados y con sus urgencias mentidas, del lado de mi reducida familia, de mi Adelina, á quien en otro tiempo tanto amaba y de quien, en buena fé, creía ser correspondido. ¡Me engañaba! ¡Él, don Santiago, cual otro David, vió por vez primera á mi esposa en los baños de San Sebastián y ¡ay de mí! tam-

bién, como aquél, al apartarme de ella, ha sido valiéndose de su autoridad moral, enviándome á un país extranjero, donde han peligrado mis nombre y honradez, si no mi vida. (*Pausa.*) En verdad tiene muchos puntos de contacto con el pasaje bíblico nuestro asunto. ¡Yo soy el Urías!

(*Queda pensativo.*)

ESCENA III.

ALFREDO.—ANTONIO. (*Muy precipitado.*)

ANT. Ya estoy de vuelta.

ALFR. Y bien...

ANT. Vendrá; pero hay otra cosa.

ALFR. Que...

ANT. Ocúltese usted.

ALFR. Que me...

ANT. Que se oculte usted, sí, señor.

ALFR. Pero acabarás...

ANT. Pues bien, ya que no hay más remedio, debo decirle á usted que he visto dirigirse aquí, bajando del coche, á su señora de usted, dando el brazo á don Santiago.

ALFR. Y vienen...

ANT. No tardarán cinco minutos. Así es que si usted, como ha dicho, no quiere ser visto, debe precisamente ocultarse.

ALFR. Me ocultaré, Antonio; es verdad; así sin sospechar mi presencia, hablarán y podré enterarme, por mí mismo, de lo que tanto á creer me resisto.

ANT. Pronto, don Alfredo. Ya suben; retírese usted.

ALFR. Arden mis sienes y tengo frío; me creía más dueño de mí mismo.

ANT. ¡Pronto!

ALFR. ¡Rey David, el capitan Urías va á escucharte!

ANT. Aquí. (*Le acompaña al gabinete.*)

ALFR. ¡Ay de tí, si me descubres!

ANT. Pierda usted cuidado. (*Se oculta Alfredo.*)

ESCENA IV.

ANTONIO, *y á poco* ADELINA *y* SANTIAGO.

ANT. Y despues dirán ¡casaos!

ADEL. (*Traje de visita, sombrero, abrigo, etc., Santiago también.*) ¡Ay, cuán rendida estoy! No se puede ir á tiendas.

SANT. Usted lo ha querido, señorita.

ADEL. (*Adelina se quita el sombrero y abrigo.*) ¿Ocurre novedad, Antonio?

ANT. ¿Mandaba usted algo, señora?

SANT. Un criado sordo es una alhaja.

ANT. Decía usted...

ADEL. Que eres muy pesado.

ANT. Usted dispense, señora...

SANT. ¡Señorita!

ANT. Bien; usted dispense, señorita; no he oido su pregunta.

ADEL. ¿Si ha habido novedad alguna?

ANT. No, *señorita.*

ADEL. Bien.

SANT. (*Aparte á Adelina.*) Que se retire..

ADEL. Ya te llamaré, Antonio. Puedes retirarte. Para nadie estoy en casa.

ANT. Corriente; pero vendrán...

SANT. ¡Qué tanta cosa!

ADEL. Diles que hoy no recibo. (*Váse Antonio.*)

ESCENA V.

ADELINA, SANTIAGO.

SANT. Oye y atiende bien, querida Adelina. Explicado el motivo, pasaré á desarrollar el plan.

ADEL. Pero, Santiago, eso es muy grave y á más muy peligroso.

SANT. No lo creas; escucha y verás como nos saldrá todo á pedir de boca. (*Pausa.*) Él tardará todavía, porque lo determino así, y su detención, en Niza, está tan fundada, que ni él mismo puede dudar de que es su presencia, en aquella plaza, nece-

saria. Puede arruinarme, es cierto, pero no lo hará, porque no le creo capaz de ello, y aunque quisiera, no sabría; mas, cuando, por venganza, tal vez se determinara á ello, al saber lo que todavía ignora, ni aun sospecha, tendré realizados ya todos los fondos, y al enterarse de nuestra desaparición, estarán aquellos asegurados en el Banco de Londres y nosotros camino de las Indias.

ADEL. Santiago...

SANT. Ya ves que es imposible sostener esta situación; todo el mundo está enterado de lo que ignorar debiera, y esas reuniones de confianza que das casi todos los días, lo han divulgado y á mí me mortifican más de lo que tú crees. ¡Ea! decídete. En el último correo, dice que vendrá pronto; y cuando lo efectúe, cuando esté de vuelta, debemos encontrarnos lejos, muy lejos, Adelina. Hasta ahora nada sospecha, porqué ni tiempo para ello le ha quedado; pero una vez aquí, cuando enterado esté de tu mudanza, cuando sepa por ese poetilla ramplón, coplero charlatán, que se conoce á su Adelina bajo el pseudónimo de la mujer de Urías...

ADEL. ¡Oh!...

SANT. Ya ves que su desesperación no tendrá límites; no por ser tú quien eres, sino por lo que representas á su lado. Esperemos el golpe que debe venir necesariamente, pero esperémoslo fuera del alcance de su brazo. Es necesario, indispensable, que esté solo en el primer momento. Después nos será más fácil imponerle condiciones.

ADEL. No obstante, sufrirá, porqué me ama con un amor...

SANT. Interesado.

ADEL. No sé, Santiago; dudo y temo; el paso que vamos á dar, te lo repito, de sí, es muy grave.

SANT. Nada temas.

ADEL. ¡Ay! no sé: tú sabes muy bien, sin embargo, pero tú solo, que no soy tan criminal como parezco. No es decir que busque cómplices, que trate de aminorar tan grave falta, que procure

engañarme, no: allá en mis largas noches de espantosa y fría soledad, he reflexionado una y mil veces sobre mi situación, mi porvenir, y en verdad, Santiago, te lo confieso: me he visto abandonada, sola, sin un corazón que respondiera á mis latidos, sin un alma que me comprendiera. El amor que Alfredo me prometía, no es el mismo que por mi mal despues tocaba; yo necesitaba un alma algo más superior á la suya, para que se identificara con la mía. Cansada de mi quizá, he visto apagarse día tras día, hora tras hora, aquel fuego que animaba mis amores, aquellas dulces protestas y ardorosas frases que en otro tiempo salían de sus labios.

SANT. Esto era de prever.

ADEL. Yo, despechada, apuré el último recurso; puse en juego todas mis gracias, procuraba fascinarlo con mis hechizos: todo en vano; su corazón había muerto, y lo que era ayer una falsedad aparente para volverle á mis brazos, es hoy ya una verdad real que me arrastra y que, puesta en la pendiente, me impide volver al buen camino. Hoy, te lo digo, en verdad, Santiago; hoy, con todo mi corazón ya le aborrezco. No tengo la fortaleza de los mártires.

SANT. Y cumples con tu deber; yo así te quiero. Alfredo no conoce cuanto vales y tampoco, en verdad, sentirá tanto tu pérdida.

ADEL. Sin embargo, él me ha elevado; nacida yo entre la plebe...

SANT. ¿Acaso él es algun título?...

ADEL. No, pero...

SANT. Todo te lo debe á tí; pues solo por tu causa, yo le he distinguido entre mis dependientes. Él, aislado, bien poca cosa vale. Además, retroceder es imposible.

ADEL. Santiago, no pintes con tonos tan oscuros mi situación, que bien la veo.

SANT. Es la realidad. ¿A qué tantos rodeos?

ADEL. Además abandonas tú también á tu esposa.

SANT. María es una niña y no ve más que mis ojos. Tú eres la mujer de mi dependiente á quien yo distingo por su probidad y buen acierto, que ma-

ñana, *si él quiere*, podrá ser mi socio y, ya ves, nada más natural que sea yo, su protector, quien te acompañe. Para María, no hay nada más claro, no sabe ni puede saber otra cosa, sino que vamos en busca de nuestro respectivo esposo y amigo. Nada tengo que añadirte. Mañana emprenderémos la marcha: están los documentos despachados y *El Oporto* pronto dejará estas costas.

ADEL. Santiago...

SANT. ¿Quieres exponerte á tener con él una entrevista? ¿Tendrás valor para presentarte ante él con faz serena y decirle *¡soy madre!*

ADEL. ¡Oh!

SANT. Pues entonces...

ADEL. ¡Oh, no! ni soñarlo. Soy tuya, Santiago, enteramente tuya en cuerpo y alma.

SANT. Gracias, Adelina mía, gracias. Pronto serémos felices y estarémos libres de miradas impertinentes.

ADEL. Pero dejamos á otro sér en la desgracia. María...

SANT. ¿Qué culpa tenemos si no podemos amarles? ¿Es uno libre de mandar al corazón?

ADEL. ¡No!

SANT. No es nuestra la culpa: ello estaba escrito, y ambos, al contraer enlace, nos habíamos engañado. ¿Por qué no te encontré antes?

ADEL. Es decir, que si María durante nuestra ausencia ó separación se viese asediada...

SANT. No me faltará.

ADEL. Pero si llegara...

SANT. Tengo completa confianza en ella. Además á tí te ama mucho.

ADEL. ¡Pobre joven! Es una mártir.

SANT. Así contraerá méritos para la otra vida.

ADEL. ¡Oh, no la insultes!

SANT. Pues no hablemos más de ello. Mañana. .

ADEL. ¡Sí!

SANT. Toma. (*Saca de su cartera un fajo de billetes.*) Compra lo necesario. Voy á realizar lo restante. Hasta esta noche. Todo estará preparado.

ADEL. Adios, Santiago.

SANT. ¿Tiemblas? ¡Valor! Mira: (*Acercándola al balcón.*) ¿ves esas luces? (*Figurando las del puerto.*)

ADEL. Sí.

SANT. Mañana las verémos brillar desde muy léjos. Adios. (*Vase foro.*)

ESCENA VI.

ADELINA.

¡Mañana á estas horas libre! Libre como el pájaro en el aire; y, sin embargo, la tristeza me domina. Hasta hoy no he visto la horrenda sima que ante mis piés tengo abierta. (*Pausa.*) No es hora de filosofar ni de irse en reflexiones: todo lo tengo meditado ya. Esta monotonía me cansa; esta atmósfera me ahoga; yo quiero ir en busca de emociones, de amor, de vida. Quiero apagar en el fondo de mi alma, esos preludios ó síntomas de remordimiento. Yo quiero gozar, gozar, apurar la copa del deleite; ser, en fin, la mujer del gran mundo. (*Pausa.*) Ah, no, no; yo me engaño; lucho, lucho, pero no sé retroceder; es imposible; ya es tarde. (*Óyese el ruido de un mueble en el gabinete donde está Alfredo.*) ¿Qué es esto? ¿Me atreveré á decir que he oído ruido? (*Escucha.*) ¡Aprensión! El miedo, el miedo. ¡Valor! Valor, dice Santiago, que es propio de las almas varoniles. Empecemos, pues, los preparativos. (*Váse tarareando un arie.*)

ESCENA VII.

ALFREDO.

¡Infame! aah... (*Ahoga el grito. Sale muy descompuesto.*) ¡No! ¡No! No quiero mancharme; no quiero pisar ese reptil; esa mujer no es digna ni de mi desprecio. (*Se mira al espejo.*) ¡Ah! ¡Estoy horrible! No me conozco, no me conozco. (*Pausa.*) ¡Ella era! ¡Era ella! ¡Qué mal interpretación á mis acciones! Pues ¿por quién sino por

ella, para que pudiera lucir en mis salones y eclipsar con su belleza á sus rivales, he robado, sin tregua ni descanso, horas y más horas al sueño, á los goces de familia, y he sido sin cesar esclavo del deber y mártir del trabajo? ¡Abandonada! ¡y era ella quien lo decía, la que acaba de proferir que me aborrece! (*Mira á la mesa.*) Hé aquí parte del precio de mi deshonra. Dinero que se me roba; dinero que yo gano con el sudor de mi frente y sirve después para comprarme la honra! ¡Maldito seas! No te aprovecharás de él. ¡Toma! (*Los arroja á la llama ó bien los quema de otra manera.*) Ya vuelve. ¡Confúndete! que ya llegará ¡infame! la hora de mi venganza. Esperemos. (*Se oculta.*)

ESCENA VIII.

ADELINA.

(*Va á la mesa en busca de los billetes, y al verlos convertidos en cenizas, da un gran grito y retrocede hasta apoyarse en la pared.*)

¡¡Ah!!.. ¡Qué es esto!.. ¡ay!.. perdón, Dios mío, perdón!.. (*Se rehace.*) Pero no: tal vez Santiago no habrá dejado nada... pero... entonces... estas cenizas... ¿Si habrá alguien escondido? No, no puede ser; á haber ladrones, nada hubieran dejado: se los habrían llevado. ¡Yo tiemblo! ¡No me atrevo á dar un paso, ni á llamar siquiera! (*Al gabinete.*) Allá, allá he oído ruido... ¡An... to... nio! ¡Antonio! (*Aterrada y con esfuerzo.*) ¡Antonio!

ESCENA IX.

ADELINA, ANTONIO.

ANT. ¿Me llamaba la señorita?
ADEL. ¡Sí! ven, ven: Díme, ¡quién anda allá?
ANT. ¿Dónde?

ADEL. Allá, en el gabinete.
ANT. Nadie: pero tiembla usted...
ADEL. ¿Lo sabes de cierto?
ANT. Nadie, señorita, nadie. (*Aparte.*) ¡Si lo supieras!
ADEL. ¡Ay! tengo miedo. He oído ruido.
ANT. Pues no... me parece...
(*Sale un poco Alfredo y con ademán enérgico intima á Antonio el silencio.*)
ADEL. Que...
ANT. No hay nadie.
ADEL. Te atreverias...
ANT. ¿A qué?..
ADEL. A mirar...
ANT. ¿Y por qué no?... Mirad.
(*Entra en el gabinete y sale al momento; en tanto Adelina está angustiosa.*)
(*Saliendo.*) No hay nadie.
ADEL. ¡Ay, respiro!
ANT. Pero, ¿qué ha pasado?
ADEL. ¿Qué sé yo? Nada, nada, Antonio; pero no te separes. Mira, mira una fortuna en cenizas.
ANT. ¡Lástima! ¿Y cómo ha sido ello?
ADEL. No sé.
ANT. (*Aparte.*) Pues yo sí. Una chispa de la luz...
ADEL. Eso será... sí...
ANT. (*Aparte.*) Me parece que sirvo para el caso. (*Tocan dentro un timbre ó campanilla.*) Han llamado.
ADEL. Sí; pero no te muevas: no me dejes sola... Ya abrirán...
ANT. Señorita... volveré al momento...
ADEL. No te muevas, ¡ay! no te muevas.

ESCENA X.

DICHOS, ANGEL.

ANGEL. ¿Dan permiso?
ADEL. ¡Ah! ¿Angel?
ANGEL. Sí; pero yo no le busco á usted.
ADEL. No importa, Angel; yo le necesito. Entre usted. Puedes retirarte, Antonio.
ANT. Temo que van á cometer alguna barbaridad. (*Váse.*)

ESCENA XI.

ADELINA, ANGEL.

ANGEL. Parece está usted muy trastornada, señora.
ADEL. Oh, sí: mucho.
ANGEL. ¿Tiene usted miedo?
ADEL. ¿Miedo? No sé... Ahora no, no; al lado de usted ya estoy tranquila.
ANGEL. (*Aparte.*) ¿Estará esta mujer en su cabal juicio?
ADEL. Escuche usted, Angel. ¿Es usted... supersticioso?
ANGEL. ¿Supersticioso? (*Aparte.*) A ver, probemos. Sí, señora.
ADEL. ¿También?
ANGEL. Yo lo creo, pero en sumo grado.
ADEL. ¿Y usted cree en fenómenos ó causas sobrenaturales?
ANGEL. Sí, señora; sí, señora.
ADEL. Y en aparecidos... fantasmas...
ANGEL. Y en duendes también.
ADEL. Luego cree usted natural y fácil...
ANGEL. ¿Qué se abra la tierra y nos trague á todos? Sí señora.
ADEL. ¡Oh! No se burle usted, Angel.
ANGEL. Cuidado: yo no me burlo, señora. ¿No se tragó la tierra á Datán, Coré y Abirón?
ADEL. ¡Ay, tenga usted lástima de mí!
ANGEL. (*Cáustico siempre.*) De la esposa abandonada.
ADEL. ¡Oh, sí!
ANGEL. ¡De la mujer de Urías!
ADEL. ¡Oh, calle usted!
ANGEL. Nada, nada; veo que faltaba un papel para presentar el cuadro bíblico, y ese me lo encargo yo. Tenemos Urías, que es el más infeliz; Betshabé y David. Yo me encargo del más antipático para usted, el del profeta Natán.
ADEL. ¡Ay de mí! (*Aparte.*) Si pudiese avisar á Santiago...
ANGEL. ¿Le parece á usted bien mi elección?
ADEL. ¡Oh! usted es un infame. Déjeme pues. (*Váse.*)
ANGEL. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA XII.

ANGEL.

¡Pobre mujer! Está loca. ¿Pero qué diablos le habrá pasado? Lo mismo que á ese estúpido de Antonio, venirme con una tarjeta que en verdad no entiendo... si fuese del marido... ¡Calla! ¡ya comprendo! ¿Si hará el bú el muy ladino? A ver si acudirá á mi conjuro: ¡Ah del fantasma!

ESCENA XIII.

ANGEL, ALFREDO.

(*Aparece Alfredo en el portal del gabinete y le indica silencio.*)

ANGEL. ¡Caballero! usted dispense si yo...

ALFR. (*Bajo.*) Silencio, joven, silencio: usted va á hacerme un servicio importante.

ANGEL. Perdone usted, no creía...

ALFR. Nada, es cuestión de decidirse.

ANGEL. Diga usted.

ALFR. ¿Usted me conoce?

ANGEL. Don Alfredo...

ALFR. No, señor: mi nombre es el de Urías.

ANGEL. Retiro mi propuesta.

ALFR. Ah, no, no: de ninguna manera. Usted no se separa tampoco de mi lado, porqué le necesito. Para escribir un drama, se necesitan ciertos datos y yo puedo proporcionarle hasta el más pequeño detalle.

ANGEL. Desisto de mi empresa, caballero.

ALFR. De ningún modo: usted será mi amigo, si me sirve.

ANGEL. Con mucho gusto, caballero.

ALFR. Pues entonces no podemos estar aquí: venga usted conmigo.

ANGEL. Guie usted. (*Aparte.*) Me he lucido. (*Aparece Antonio.*)

ALFR. No olvides mi consigna, Antonio.

ANT. Está muy bien, señor.

ALFR. Usted. (*A Angel.*) desde este aposento podrá tomar apuntes. Vamos. (*Entran los dos.*)

ESCENA XIV.

ANTONIO.

¡En qué lío me he metido! En fin, á lo hecho pecho; y mientras el otro...

ESCENA XV.

ANTONIO, ADELINA, SANTIAGO.

ADEL. Antonio...

SANT. Dí la verdad...

ADEL. (*Echando de menos á Angel.*) Y el otro...

ANT. ¿Quién es el otro?

ADEL. ¿No estaba aquí don Angel?

ANT. Eso es, estaba.

ADEL. (*Recelosa.*) Como no le veo...

ANT. ¡Pues! Se habrá marchado.

ADEL. Pero cómo...

ANT. ¿Qué sé yo? Saliendo, sin duda.

SANT. Dí la verdad y acaba.

ADEL. Tú nos vendes.

ANT. ¡Ca! No, señora.

SANT. Aquí pasa algo grave.

ANT. ¿Qué sé yo?

SANT. (*Agarrándole.*) ¡Miserable! dí: ¿quién se esconde en este gabinete?

ANT. Nadie.

ADEL. ¡Mientes!

ANT. Señorita...

SANT. ¡Quita allá!! (*Aparta al criado, hace ademán de entrar y aparece Alfredo seguido de Angel. Adelina y Santiago retroceden.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ADELINA, SANTIAGO, ANTONIO, ALFREDO, ANGEL.

ALFR. ¡¡Atrás, miserable!!

ADEL. SANT. } ¡¡Ah!!

ANGEL. *¡Tableau!!* (*Cuadro.*)

ADEL. ¡Alfredo!...

ALFR. ¡Toda vuestra conversación he oido, infames adúlteros!

ADEL. ¡Perdón!

SANT. (*Aparte.*) No te humilles.

ALFR. ¡No! Porque de nada va á servirle, como no sea para amontonar más combustible á la inmensa hoguera que me abrasa, ¡miserables!

SANT. Alfredo, óyeme. Si tú desde un principio...

ALFR. ¡Calla, traidor! ¡mal esposo! ¡desleal amigo!...

SANT. ¡Ah! (*Adel. cae arrodillada á los pies de Alfredo.*)

ALFR. ¡Salid al momento de esta casa! ¡salid! ¡No emponzoñeis con vuestro asqueroso hálito la atmósfera que me rodea; nuestros alientos no pueden mezclarse! Mas antes de arrojaros, ¡oid! Tus días están contados, Santiago, porqué no podrás resistir á los embates adversos de tu fortuna, que verás desaparecer por momentos; quedarás arruinado; tú serás el modelo y tipo del desleal y tu nombre será expuesto á la vergüenza pública, quedando deshonrado ante la sociedad y maldecido por tus víctimas; yo seré tu eterna pesadilla, hasta que toque tu negro, infame y vil corazón con la punta de mi acero, si es que antes ¡cobarde! no hayas puesto fin á tu miserable existencia. Y tú, infiel esposa, levántate y óyeme; serás despreciada, aborrecida y abandonada por el mismo que te arrastra al precipicio; recorrerás toda la escala social y morirás en la más vergonzosa decrepitud y miseria. ¡Salid al punto de mi casa!

ADEL. ¡Alfredo!... (*Suplicando.*)

ALFR. ¡¡Salid!!

(*Adelina, viéndose tan humillada, fija altanera su vista en Alfredo como desafiándole y váse con Santiago.*)

Angel: aproveche usted este detalle para la tragedia *La mujer de Urías.* (*Cuadro.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salón principal del Hotel X en Suiza, á media legua de Ginebra y en las orillas del lago de este nombre. Una lujosa puerta al foro que da á los jardines; á la derecha una gran ventana, desde la cual figura verse el Ginebra y los Alpes; á la izquierda la puerta de un gabinete. Una mesa redonda con un gran jarro de flores encima de la misma, al centro de la sala. Otra mesa pequeña al lado de la ventana, con recado de escribir. Sillas, portiers, etc., todo al gusto del día. Angel, sentado á la mesita al pié de la ventana escribiendo. Alfredo, leyendo una carta al lado opuesto. Ha pasado un año del prólogo.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, ANGEL.

ALFR. Si fuese verdad, Angel, (*guardando la carta,*) tal noticia, superaría á todos los planes de mi venganza. Desgraciadamente no creo llegue este caso, no; no llegará, ni á esperarlo remotamente me atrevo. (*Pausa.*) ¡Oh! si pudiese realizar tal proyecto, Angel, entónces aún podría ser feliz ¡Oh sí! lo sería. ¡La venganza! El néctar de los dioses. (*Pausa.*) ¿Está usted seguro de que habrá recibido nuestra última? Angel, ¿no me contesta usted?

ANGEL. Déjeme por Dios, don Alfredo, que estoy terminando una escena de efecto.

ALFR. ¡Oh, sí! Cuanto antes; acabe pronto el drama; mi fortuna, todo, todo será para usted. ¡Anonádelos! ¡húndales en el abismo de la deshonra; al desprecio de ese mundo que aún hoy les adula; arránqueles la máscara y preséntelos usted

con toda su horrible desnudez; con toda la fealdad descarnada; no omita usted detalles; todo; ¡todo!

ANGEL. (*Acabando.*) ¡Soberbio! ¡Piramidal!

ALFR. A ver, lea usted, lea usted.

ANGEL. (*Hojea.*) Es la penúltima escena del acto segundo; cuando usted dá cuenta á María, á la esposa del banquero, de la desaparición y fuga de los culpables. Dice ella: (*Lee.*)

«Señor, basta: aunque verdad
fuese y cierta tal noticia;
aunque yo de su malicia
tocase la realidad;
aunque, en mí, la adversidad
se cebara, le perdiera
ó ante mi vista yo viera
la horrible y cruel pertinacia,
siempre fuera en su desgracia
yo en salvarle la primera.»

Contesta usted: (*Lee.*)

«Señora, fuerza es decirlo:
sois un ángel; no merece
vuestro esposo, mal os pese,
tanto afecto; hasta oirlo
pena y horror causa al par;
mi corazón se exaspera
porque tan sólo os espera,
ser la mártir del hogar.
—Cumplo mi deber.
—¡Oh no!
«Ante un mónstruo tan horrendo
cariño inútil entiendo,
señora, y me explico yo.
En fin, ¿qué pensais hacer?
—Esperar (ella contesta).
—¡Esperar! Pena funesta,
Desdichada vais á ser.
—Un alma que yo tenía
entera, señor, le dí;
mas, si él me engañó á mí,
si amor su labio mentía,
¿me dá su falta poder
á romper mi juramento?

Y si este es el momento
en que perdido vá á ser,
¿puedo yo echar en olvido
que ha sido y aún es mi esposo
el que honra, goce y reposo
conmigo el lecho ha partido,
y que, mañana, quizá,
al volver atrás sus ojos,
irrisión, mengua y sonrojos
sólo en su redor tendrá?
¡Oh, no! Los sagrados lazos
que otro tiempo nos unieron,
existen, como existieron,
y abiertos tendrá mis brazos.
—Vos os engañais ahora
(usted contesta.) El malvado,
no debe hallar á su lado
tanto heroismo, señora.
Es criminal.
—Yo amorosa.
—¿Le defendeis?
—Le defiendo.
—Yo tanto amor no comprendo.
—Recordad que soy su esposa.
—Un infamante padrón
siempre más irá consigo.
—¡No importa!
—Soy su enemigo.
—Yo le amo de corazón.
—Él me ha vendido, y mi pecho
con su garra ha destrozado.
Dos deshonras han labrado;
vos y yo.
—Dadlo por hecho:
Es indigno de los dos
querer vengar tal ofensa.
—¿Quién saldrá en nuestra defensa?
¿Quién vendrá á vengarnos?
—¡¡Dios!! (*Pausa.*)

ALFR. Bien, Angel: sin embargo, algo exagerado me parece; pero no importa; prosiga usted.

ANGEL. Si le parece, modificaré....

ALFR. Prosiga.

ANGEL. Se acabó ya. En el acto primero, hay la escena del regreso de usted; luego la confusión de ellos, el escándalo, que todo ya leido está; he modificado, no obstante, la primera escena de dicho acto, en la cual, pinto á los dos arrullándose; sin embargo, presintiendo tempestad, Santiago, aunque en lontananza, para disipar la pena en el alma de su amiga, dice lo siguiente: *(Lee.)*

«Faltar podrá del sol la luz radiante
y olvidar otra vez marcha ó carrera;
perder sus movimientos nuestra esfera,
secarse el mar profundo en un instante.
Parar su curso el rio, ó anhelante
como el Jordán, volver donde naciera;
faltar invierno, otoño y primavera,
dejar mi sino cruel de ser constante.
Todo esto ser podrá, porque es posible;
pues lo que ayer se vió, también podría
repetirse hoy de nuevo y ser visible.
Quizá verlo podrás, quizá algún día:
mas ¿qué te olvide yo? ¡Nunca! Increible,
porque grande es mi amor, gacela mía.»

ALFR. Bien, lo veremos. Mas si pudiese usted añadir que María le es infiel...

ANGEL. ¡Oh! yo lo creo: es necesario para dar más vida al drama: es una peripecia de efecto.

ALFR. No, Angel, no: yo quiero ser verídico; la verdad, amigo mío; la pura verdad.

ANGEL. Pues entonces el drama va á ser muy monótono y decaerá.

ALFR. ¡Que decaiga! Nada importa; yo quiero tan sólo la verdad.

ANGEL. Pues siendo así, yo no escribo.

ALFR. ¿Por qué?

ANGEL. ¡Toma! Porqué usted quiere coartar la inspiración del poeta, y... ¿quiere usted que le sea más franco? Porqué no quiero la desesperación de usted; porque con esta verdad que usted me exige, necesariamente tengo que armarme del escalpelo y martirizar y abrir de nuevo esta mal encerrada y terrible llaga, que le consume; llaga que al tocarla solamente, manará sangre y no podrá, usted, resistir tan dura prueba.

ALFR. Nada tema, Angel: tengo valor; la serenidad no me falta. Además, ¿quedará borrado el crimen si deja, usted, puntos oscuros ó escenas de difícil ó dudosa interpretación? ¿Si falta usted á la verdad? (*Pausa.*) No, amigo mío, no: al contrario; vacilarán, dudarán si ven que usted en sus versos ofusca el carácter del protagonista; porque supongo que lo soy yo...

ANGEL. No, señor; es ella.

ALFR. Bien; no será mi papel secundario.

ANGEL. ¡Oh no, no!

ALFR. Pues entonces, sostenga bien los caractéres; no tema; poco me importa que me señalen con el dedo, que rían... también reiré yo.

ANGEL. ¡Que ría usted! Permítame que lo ponga en duda.

ALFR. Sí, Angel sí: también reiré yo; pero mis carcajadas, serán de aquellas que espantan; que hielan la sangre.

ANGEL. Sí, sí; de aquellas que hacen poner los pelos de punta.

ALFR. Sí; de esas serán. Porqué yo no puedo llorar; ¡llorar! ¡ay! Si pudiera derramar tan sólo una lágrima...

ANGEL. Bien, bien.

ALFR. Sí, Angel, sí: arroje luz, mucha luz; disipe esas tinieblas; y el mundo, la opinion pública, que juzgue, que pronuncie su veredicto; tranquilo espero el fallo. (*Pausa.*) Las almas nobles, me harán justicia.

ANGEL. Bien, bien...

ALFR. Continúe usted la lectura.

ANGEL. Faltan detalles. Sin embargo, me parece que vendrá bien lo de la carta, ahora.

ALFR. ¿Qué carta?

ANGEL. La histórica carta.

ALFR. No recuerdo.

ANGEL. Pues sí, señor; también usted, como el Urías antiguo, ha sido portador de su desgracia. Ha llevado usted también la carta de Urías.

ALFR. ¡Ah! eso faltaba. Es verdad. ¡Infames!

ANGEL. Y, luego, tengo preparado un final de acto... de efecto.

ALFR. Y ello es...

ANGEL. Si usted lo averiguara, perdería el mérito y tal vez no llegaría á realizarse, ya que usted me exige ser verídico.

ALFR. ¡Oh sí, Angel! es la primera cualidad; abandone usted el idealismo; nada de soñador; la realidad; realismo puro.

ANGEL. Ya verá usted.

ALFR. (*Apoyándose familiarmente en el hombro de Angel.*) Descanso en su palabra. Tal vez tenga, usted, que acabar el drama, solo; quizá encima de mi cadáver; en tal caso, Angel, desde ahora para entonces, se lo suplico; la verdad, sólo la verdad. (*Váse foro.*)

ESCENA II.

ANGEL.

(*Un rato de pausa.*)

¿La verdad? ¡Sea! No se achaque á mí la culpa. ¿Tú lo quieres? *¡Fiat!* (*Siéntase.*) Delicada es la misión del poeta. Pero ¿qué? ¿Qué dirán al fin? ¿Qué los tipos del drama no son ideales, no son hijos de mi fantasía, sino que viven, que son conocidos, que pertenecen al gran libro de los vivientes, que existen en el mundo de la prosa? ¡Mejor, mucho mejor! (*Pausa.*) Pues ¿de dónde sino de la vida real toman sus argumentos los autores dramáticos? ¿Presentaré acaso en la escena á los elementos, á los genios ó á las hadas? No, señor, no; de ninguna manera. Además, Apolo, tiene terminantemente prohibido á sus amigas tener la más ligera conversación conmigo; el árbol del fruto de oro me está más vedado, que el del Paraiso á nuestros infelices primeros padres; así es que, forzosamente, tengo que concretarme á ser un plagiario de la vida real. Dije, en broma, escribiré *La mujer de Urías*, y héteme aquí que hoy se me exige el drama ó se me amenaza: cual otro Wamba, no tengo más remedio que escoger entre la muerte ó la corona: ó escribir ó no comer; y pues no hay otro recurso, escribamos;

¡Qué diablo! al fin y al cabo nada pierdo. ¿Mi vida? ¡Pshe! Cien veces la he jugado. No tengo familia, pocos recuerdos de ella me quedan; muy vagos... mis padres murieron, una hermana... qué sé yo... pero hoy, ni patria, ni hogar... nada, como un hongo en medio del bosque... ¡que ruede la bola! Veremos. (*Transición.*) Pero, francamente, Alfredo, me da lástima; lo mejor del caso es que necesito el ovillo de Ariadna para salir de este laberinto, que sin ser el de Creta, es de más difícil salida. María, debe venir. ¡Oh, no hay duda! vendrá; así lo escribe, y una vez aquí... veremos, veremos; paréceme que podré proseguir el drama. (*Cómico y exagerado.*) ¡Inspiración que me faltas, acude! ¡inflama á mi mente! ¡Númen divino! ¡ven á mí! (*A la ventana.*) ¡Ah! Esos deliciosos y pintorescos paisajes, tantas veces cantados por ilustres genios, por insignes bardos; ese inmenso y límpido cristal que desde aqui se divisa; esa nieve sempiterna, esos pinos, esas alamedas, toda, toda la naturaleza debe venir en mi ayuda, para salir airoso en mi cometido. ¡Oh qué sublime país! ¿Qué orgullo hay comparable al de las empinadas crestas de los Alpes? ¡Ah qué majestuoso! (*Se oye el silbato de la locomotora.*) El silbido de la locomotora hiende los espacios: ¡cuán corre! De léjos parece un inmenso reptil que se arrastra; ya, más de cerca, un leon con su melena deshecha. ¡Oh! ya llega, ya está aquí. (*Se oye la campana de la estación y la bocina del guarda.*) Aprovechemos estos momentos de inspiración. «Y el Santo de Israel abrió la mano y...» No es eso... ahora. (*Escribe.*)

ESCENA III.

ANGEL, EL DOCTOR.

DOCTOR. ¿Hay permiso? No hay nadie. ¡Don Angel! (*Viéndole.*)

ANGEL (*Ap.*) ¡Maldito! ¡Ah! es usted, Doctor.

DOCTOR. Prosiga, usted, me retiro.

ANGEL. De ninguna manera.

DOCTOR. Conozco que estorbo.

ANGEL. No, señor; de ningun modo; siéntese usted.

DOCTOR. Realmente ha sido mi visita inoportuna.

ANGEL. ¡Oh! no, señor. Siéntese usted.

DOCTOR. Estaba usted en las cumbres de Helicón y...

ANGEL. No, don Gil; de mucho no he llegado á sus laderas.

DOCTOR. No sea usted tan modesto, porque á veces (ya sabe usted que soy franco), á veces, bajo el manto de la modestia, se ocultan la petulancia y pretensión más jactanciosas.

ANGEL. No supongo...

DOCTOR. De ninguna manera, amigo mio; ni remotamente me refiero á usted; pero en general, pasa como digo.

ANGEL. Es verdad.

DOCTOR. En fin, no hablemos más de ello ¿Don Alfredo?

ANGEL. Hace poco ha salido; y á propósito, mi querido Galeno: ¿qué opina acerca del estado de nuestro amigo?

DOCTOR. Es un enfermo que, como muchos de los que vienen aquí, no necesita de mis específicos ni recetas.

ANGEL. Sin embargo, le indicaron los facultativos de España, que solamente en Suiza encontraría...

DOCTOR. ¡Oh! sí, sí; es la verdad; lo creo; pero si se deja llevar de esa tristeza, de ese espíritu de venganza reconcentrado (que aquí y en su ausencia debo confesar que es muy lógico, aunque de ningun modo le convenga); si se deja arrastrar por esa pasión mal comprimida y no puede llevar á cabo su proyecto, se engolfará, no hay duda, más y más en esa apatía que bastante ya de él se ha apoderado, y acabará, por último, en un estado tal de hipocondría, que cortará, en seco, todas sus aspiraciones y deseos. Tranquilidad le falta, y ésta podría encontrarla lo mismo en las orillas del Ginebra que en las del Ladoga; tanto en las márgenes del Guadalquivir como en las del Amazonas. Desengáñese, amigo mío; lo que es yo, para él (como para otros muchos) soy un sér, dentro de mi profesión, completamente inútil; cuando más, un mueble de lujo.

ANGEL. Y, sin embargo, tan empeñado está en que yo escriba ese malhadado drama, que tiene necesariamente que abrir sus mal cicatrizadas llagas...

DOCTOR. No importa; complázcale usted; ¡quién sabe! á veces la casualidad acierta más que la ciencia. Yo, por mi parte, en tales casos soy impotente. Muy claro lo confieso á mis clientes.

ANGEL. Y ¿usted habrá desahuciado á muchos?

DOCTOR. No, amigo mío; pero me equivoco pocas veces. Rara vez me engaño. Muchos aman, pero pocos *aman*; son aquellos seducidos ó engañados; pero las brisas de los Alpes se llevan sus penas, y las aguas del Ginebra son como las del Leteo. Desgraciadamente, con Alfredo no sucede así; lo que tiene, lo que sufre, es una verdadera y horrible nostalgía por la pérdida de un sér querido, que puede acabar con su vida, ó con lo que es más espantoso aún, con la deshonra.

ANGEL. ¡Sí que sería una inmensa desgracia!

DOCTOR. Ahora se me presenta un caso muy análogo. Hace dos dias han llegado dos viajeros compatriotas de ustedes, españoles también; y ella, la señora, jóven, muy hermosa por cierto, trae indelebles huellas de sufrimientos. El que la acompaña, que no creo sea su marido, se desvela mucho por ella.

ANGEL. ¿Españoles?

DOCTOR. En efecto, aunque no vienen directamente de su patria, sino de la Gran Bretaña.

ANGEL. ¡Vive Cristo!

DOCTOR. ¿Qué...?

ANGEL. Oiga, Doctor, una pregunta: ¿Puede darme usted pormenores de esos viajeros? Su edad...

DOCTOR. Frisará ella sobre los veintiocho años y no pasará él de los treinta y cinco...

ANGEL. Sus nombres...

DOCTOR. Pero...

ANGEL. Sus nombres, Doctor, sus nombres...

DOCTOR. He oido que él llamaba á ella, Flora.

ANGEL. ¡Flora!

DOCTOR. Y ella á él, Santiago.

ANGEL. ¡Son ellos! Ya tengo más argumento para el drama.

DOCTOR. Pero ¿qué es ello?..

ANGEL. ¡Oh, Doctor! ¿No conoce que ellos son la causa de los males de nuestro amigo?

DOCTOR. ¿Es posible?

ANGEL. No hay duda. Ahora creo en la Providencia. Llegaron, dice usted...

DOCTOR. Hace dos días.

ANGEL. No diga usted una palabra á don Alfredo.

DOCTOR. Pero...

ANGEL. Ni una palabra; lo que conviene es que, por ahora, no los vea.

DOCTOR. Yo me encargo de ello.

ANGEL. ¡Oh sí, cuanto antes!

ESCENA IV.

DICHOS.—UN CRIADO.

CRIADO. Una señora que acaba de llegar en el exprés, pregunta por el caballero don Alfredo de Castro.

DOCTOR. ¡Si será ella!

ANGEL. Una señora...

DOCTOR. Enlutada...

ANGEL. ¡Ah! ¡Vive el infierno, Doctor!

DOCTOR. ¿Qué?...

ANGEL. ¡La otra! (*Al criado.*) Que pase esa señora. (*Váse el criado.*)

ESCENA V.

ANGEL, DOCTOR.

ANGEL. Es la esposa de ese Santiago.

DOCTOR. ¡Ella!

ANGEL. La esperábamos.

DOCTOR. Yo me retiro.

ANGEL. No se aleje usted; quizá necesitemos de sus auxilios. Vea usted, por favor, de no apartarse don Alfredo.

DOCTOR. Descuide usted, amigo mío. (*Váse.*)

ESCENA VI.

ANGEL.

Es preciso que vea á los otros, que les hable. ¡Oh, sí! el infierno los arroja en nuestro camino; y pues han venido aquí sin ser buscados y se presentan cuando ménos lo esperábamos, ¡eche el diablo el resto! Aprovechemos su aparición para mi drama. Yo buscaré una situación crítica para todos. Esperemos. Me parece... (*Oye ruido.*)

ESCENA VII.

ANGEL, MARÍA, UN CRIADO. (*Este se retira.*)

ANGEL. Es ella. (*Ap.*) Pase usted, señora.

MARÍA. (*Despues de mirarle un rato.*) Caballero, usted dispense; mas no es usted á quien me he anunciado.

ANGEL. Señora...

MARÍA. Don Alfredo...

ANGEL. Servidor de usted...

MARÍA. Don Alfredo de Castro.

ANGEL. Lo mismo dá: conste que soy el hombre que usted busca.

MARÍA. ¿Usted?...

ANGEL. Hágame usted el favor de tomar asiento.

MARÍA. Pero en fin...

ANGEL. Siéntese usted.

MARÍA. ¿Acabará?

ANGEL. Al momento. (*María se sienta y se quita el velo que hasta ahora ha cubierto su rostro.*) (*Aparte.*) ¡Qué hermosa es! ¡Usted viene para salvar de la ruina, ya que de la deshonra es imposible, á don Santiago. .

MARÍA. A mi esposo.

ANGEL. A su esposo, dice usted... (*Con cierto retintin*).

MARÍA. A mi amado esposo.

ANGEL. Enhorabuena. (*Aparte.*) Muy firme está. (*Alto*). Señora, es trabajo perdido.

MARÍA. ¡Cómo!..

ANGEL. No está ya en manos de don Alfredo el salvarle.

MARÍA. ¿No?

ANGEL. No, señora.

MARÍA. (*Levantándose.*) Entónces nada debo hacer aquí.

ANGEL. Al contrario, señora; debe usted quedarse; no se ha perdido del todo la esperanza.

MARÍA. Pero ¿quién es usted y cómo se ha hecho dueño de todos nuestros secretos? ¿A quién tengo el honor de hablar?...

ANGEL. Dos preguntas á la vez me dirige usted, doña María... Doña María, ¿no es eso?

MARÍA. Servidora de usted; prosiga.

ANGEL. Beso á usted los piés: preguntas que, contestando á las dos de una vez, le pondrán en conocimiento de quién soy, y cómo sé tales secretos: tiene usted en su presencia al presunto autor de *La mujer de Urías.*

MARÍA. ¡El poeta! ¡Oh! debía presumirlo ya.

ANGEL. Angel Carrillo y Rios, servidor de usted.(*Inclinándose.*)

MARÍA. Gracias, don Angel. ¿Pero no lo escribirá usted, verdad? (*Muy suplicante.*)

ANGEL. Señora...

MARÍA. ¡Oh, no! no echará usted á la vergüenza pública de una familia el secreto...

ANGEL. No es tal.

MARÍA. Nadie se acuerda de ello ya.

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Qué hermosa es!

MARÍA. ¡Oh, no escriba usted! (*Suplicando.*)

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Qué apuro!

MARÍA. ¿No contesta?

ANGEL. Señora, usted no sabe lo que pide. En nada compromete á los santos el panegírico, y el drama en cuestión, es el catálogo de sus virtudes.

MARÍA. Yo no soy una santa, caballero; cumplo mi deber tan sólo. No deshonre usted más, por piedad, á mi marido.

ANGEL. Usted es una mártir. Pero en fin, bueno es que sepa usted la verdad; á mí me obligan.

MARÍA. ¿Quién?

ANGEL. Don Alfredo.

MARÍA. ¡Oh! pues entónces yo pediré, rogaré, importunaré y no hay duda me atenderá y usted unirá sus súplicas á las mías: ¿no es verdad, don Angel? (*Amorosa siempre.*)

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Ay, en qué apuros me han metido!

MARÍA. Ustedes son buenos y no querrán la desesperación de una infeliz mujer.

ANGEL. (*Aparte.*) No me atrevo. Esta mujer me admira.

ESCENA VIII.

DICHOS. ALFREDO.

MARÍA. Don Alfredo... (*Suplicando.*)

ANGEL. (*Aparte.*) Me alegro.

ALFR. (*Saludando.*) Señora...

ANGEL. (*Aparte á Alfredo.*) ¿Ha visto usted al Doctor?

ALFR. No.

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Si sabrá algo de los otros! Y diga usted...

ALFR. Déjeme con esta señora.

ANGEL. (*Aparte.*) No saben nada. Me retiro.

ALFR. No tarde mucho, Angel.

ANGEL. Voy á recordar datos para la terminación del acto...

MARÍA. ¡Oh, no!...

ALFR. Señora.....

ANGEL. (*Aparte.*) Será de efecto. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MARÍA. ALFREDO.

MARÍA. Caballero, es usted una víctima de mi marido, es verdad; pero bien se venga usted: están en paz: yo lo soy de su esposa y... la perdono; usted me ha llamado; aquí me tiene usted.

ALFR. Es cierto, María; todo cuanto nos sucede, harto lo sabemos, y dicho está que no hay que repetir lo que no ignoramos por desgracia. Ahora, en cuanto al nombre de venganza que dá usted á

mi proceder con su marido, permítame que la diga que muy desacertada está usted al calificarlo; yo no me vengo. Si él se arruina, lo debe á la prodigalidad con que presentaba sus firmas; los plazos son los que le atropellan. Las casas de Amberes, Viena, Berlín, Gante y Niza, son de ello público testimonio. Cumplo y hago cumplir como buen comerciante. El plazo final, sí; aquel plazo para mí únicamente lo reservo.

MARÍA. No sea usted tan vengativo, don Alfredo.

ALFR. ¡Ah, señora! Si no hubiese sido usted, si un ángel como usted no se hubiese interpuesto por medio, de otro modo, se lo juro, señora, de un modo muy distinto hubiera obrado.

MARÍA. Pero en fin, usted me ha llamado; díceseme que puedo salvar á mi marido y por hacerlo, he dejado mi reclusión y mi retiro y he emprendido este viaje con ánimo de poder hacerle más llevadera su existencia. ¿Qué puedo esperar de usted?

ALFR. ¿Nada le ha dicho mi amigo?

MARÍA. ¡Oh, sí! Me ha asegurado que es usted quien le obliga á escribir ese drama, que tanto deshonra á mi esposo.

ALFR. ¿Y á mí señora? ¿y á mí?

MARÍA. Pues entónces ¿por qué ese interés?...

ALFR. Para saturarme de dolor, señora; para apurar hasta las heces la copa amarga que me brinda el destino... Pero... ¿nada más le ha dicho Angel?

MARÍA. No recuerdo.

ALFR. Bien; nada importa; ¿usted quiere á su esposo?

MARÍA. ¡Oh, sí!

ALFR. ¿Le quiere aún?

MARÍA. Con toda el alma.

ALFR. Pues es necesario hacer un sacrificio.

MARÍA. Diga usted.

ALFR. Tal vez le parecerá que. .

MARÍA. Acabe...

ALFR. Es indispensable que, en apariencia, le sea usted infiel.

MARÍA. ¡¡Oh!!

ALFR. En apariencia.

MARÍA. No comprendo.

ALFR. Va usted á firmar un documento; un billete, del

que se desprenda que es usted amante de... de ese poeta.

MARÍA. ¡Nunca!

ALFR. Señora, es el único medio de salvarle en esta real y cercana bancarrota.

MARÍA. Don Alfredo, le consideraba á usted más caballero.

ALFR. Señora, usted no me ha comprendido; líbreme Dios de atacar su honor en lo más mínimo, ni áun con el pensamiento. Muy á la ligera me ha juzgado usted.

MARÍA. Pues entonces, si yo vengo aquí, señor, para endulzar sus pesares; si á él, lejos de mí, en tierra extraña, en brazos de esa... desgraciada, se le presenta la infame prueba de mi culpabilidad, de que he roto el sagrado juramento que pronuncié al pié de los altares... ¡Oh, no, nó! Aunque apócrifo el tal documento, yo, don Alfredo, me consideraría criminal; no y mil veces no; le amo demasiado. Vivo, lamentaré su desgracia; muerto, lloraré su memoria.

ALFR. Tal vez por ese medio, recobraría usted su amor perdido.

MARÍA. ¡Oh, no! Nunca apelaré á tan vergonzoso ardid: él está desamparado, aburrido y deshonrado; mas en medio de su dolor...

ALFR. ¿Dolor dice usted?

MARÍA. Sí, del dolor que por causa de usted sufre; en medio de ese dolor, siempre le queda el consuelo de pensar que su María le es y le será mientras ella viva, fiel.

ALFR. Muy bien, señora; retiro mi propuesta, ya que tan repugnante se le presenta. Mas sin duda no tiene en cuenta usted, que la causa de usted, es la mía; ambos hemos sido miserablemente vendidos y yo aún más desgraciado, porqué no tengo la fortaleza y resignación que usted tiene y me avergüenzo, ahora, al considerar que su hermosa alma, que el alma de una débil mujer, sea de más temple que la mía.

MARÍA. Don Alfredo, esto no es verdad: noble es usted y de buenos sentimientos, si bien se le han ofuscado por la pasión de la venganza. Deseche tales

ideas, sea usted magnánimo y recobrará la paz, si la dicha no es posible.

ALFR. ¡Señora es usted un ángel!

MARÍA. Sea: ya que usted lo dice; admita usted mis consejos y unámonos, sí, en este terreno, dándoles pruebas de que somos generosos.

ALFR. ¡Oh, sí! Usted me convence.

MARÍA. ¡Gracias, Dios mío! Mi esposo se salvará. Esta es mi mano, la doy al amigo de infortunio.

ALFR. (*Se la besa.*) ¡Bendita sea!

ESCENA ULTIMA.

MARÍA, ALFREDO, ADELINA, SANTIAGO, ANGEL.

(*Salen al tiempo que Alfredo besa la mano á María.*) *Muy rápido y reconcentrado. Lucha de afectos.*

SANT. ¡Ellos!

ADEL. ¡Ah!

ALFR. ¡Oh!

MARÍA. ¡Santiago! (*Espantada.*)

ANGEL. (*En medio del cuadro con un lapiz y cuartillas en la mano.* ¡El final de mi acto! (*Escribe.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ADELINA, DOCTOR.

ADEL. Era un lazo preparado.

DOCTOR. No así lo creo.

ADEL. No me convencerá usted, Doctor.

DOCTOR. Señora...

ADEL. Ella, ella también...

DOCTOR. No aventure juicios, señora; doña María es, como ha sido siempre, la fiel esposa de don Santiago.

ADEL. ¡Ja, ja, ja! (*Ríe.*)

DOCTOR. ¿Se ríe usted?

ADEL. Es usted muy niño, Doctor.

DOCTOR. ¡Niño dice usted! y ¿por qué?

ADEL. No conoce, usted, al corazón humano. Será, usted, un Hipócrates en medicina, no lo niego; pero en filosofía....

DOCTOR. Es verdad: no soy ni seré nunca un Platón, pero es fuerza que me escuche usted, señora; que de mis palabras puede salir un rayo de luz que ilumine su tan ofuscada y entorpecida razón.

ADEL. Difícil será.

DOCTOR. Dice usted que era un lazo preparado.

ADEL. En efecto.

DOCTOR. Veamos. ¿Sabía Alfredo, cinco meses atrás, que ustedes habían de venir á encontrarle, aquí, en su retiro, cuando (si no estoy mal informado,) habían partido ustedes á la Gran Bretaña?

ADEL. No; pero podía saberlo.

DOCTOR. Es usted muy pesimista. A don Alfredo, para recuperar su salud perdida, le mandan los facultativos de España, aquí...

ADEL. Y ¿á María?

DOCTOR. Perdone usted si no contesto á tal pregunta: pero puedo jurarle que su venida, tiene un fin noble, santo, heróico... Acababa de llegar esta mañana.

ADEL. No me convenzo tan fácilmente.

DOCTOR. Señora, pensará usted como quiera; pero ha obrado en esto, lo sé, la pura casualidad.

ESCENA II.

DICHOS, ANGEL.

ADEL. ¡Este lo sabe!

ANGEL. (*Aparte.*) ¡Adios!

ADEL. Mi antiguo amigo, mi constante tertulio, el que me había jurado más de una vez que...

ANGEL. Escribiría *La mujer de Urías.*

ADEL. Y...

ANGEL. Lo ha cumplido. (*Pausa.*)

DOCTOR. ¿Se conocen ustedes?

ANGEL. Por desgracia.

ADEL. Está usted poco galante, amigo mío.

ANGEL. ¿Amigo?

ADEL. ¿No lo es usted ya de mí?

ANGEL. Líbreme Dios de ello.

DOCTOR. Angel, no deben tratarse así las señoras.

ANGEL. Y siendo, como dicen ustedes, poeta y por ende galante y bien nacido, figúrese si poderosos serán los motivos.

DOCTOR. Por poderosos que fuesen, no le autorizan, de ningún modo, para desairar así á una dama.

ADEL. Déjele usted, Doctor; mas yo le juro á usted que he de verle arrastrarse á mis piés, como un reptil inmundo, pidiéndome perdón por tal ofensa.

ANGEL. Muy dificilillo lo veo y más sabiéndolo.

ADEL. Una palabra me basta para ver logrados mis deseos.

ANGEL. Al ver el tal *Séxamo, ábrete.* Dígala usted.

ADEL. No, delante de tercera persona; usted dispense, Doctor. No me refiero particularmente á usted. Lo mismo diría ante Santiago.

DOCTOR. No obstante, me retiro.

ANGEL. De ningun modo, Doctor.

ADEL. ¿Tiene usted *miedo* de quedarse á solas conmigo?

ANGEL. ¡Miedo! No conozco á ese señor: ya sabe que ha sido usted quien en una ocasión me ha buscado para alejarlo.

DOCTOR. (*Aparte.*) ¡Cuánta miseria! ¡Adios, señores!

ANGEL. Ya nos verémos Doctor.

DOCTOR. (*Aparte.*) Son de una misma sangre. (*Váse*)

ESCENA III.

ADELINA, ANGEL.

ADEL. (*Pausa.*) (*Muy mimosa.*) ¡Angel!

ANGEL. Señora...

ADEL. Soy yo:... ¿me conoce usted?

ANGEL. Sí: es usted la que acaba de jurar verme arrastrarse á sus piés como un reptil inmundo: por fortuna, ningún ascendiente tienen ya, sobre mí, sus encantos, si es que hoy los tiene.

ADEL. ¿Tan desgraciada soy?

ANGEL. ¡Qué se yo! No me tomo la molestia de averiguarlo.

ADEL. Es usted muy mordaz.

ANGEL. ¡Pshe!

ADEL. Contésteme al menos á una pregunta.

ANGEL. Diga usted.

ADEL. ¿Ha mentido, usted, alguna vez?

ANGEL. ¡Nunca!

ADEL. Gracias. Entonces debe, usted, confesar que, en otra época de su vida no le he sido tan indiferente como ahora.

ANGEL. No lo niego.

ADEL. Que me ha amado.

ANGEL. Es cierto.

ADEL. Y que, si al resolverme á partir con Santiago, lo hubiese hecho con usted; que hubiese sido Angel mi elegido, me hubiera usted seguido también...

ANGEL. Es verdad.

ADEL. Y que continuaría hoy siendo mi amigo.

ANGEL. No sé.

ADEL. Cómo...

ANGEL. Es verdad, sí; entonces le hubiera seguido á usted al través de los mares; hasta al más profundo abismo; por usted no hubiera vacilado ante el mayor peligro; á costa de embrutecer mi nombre, yo hubiera sido, no su amigo, no su amante, sino su esclavo; pero debe, usted, tener presente que, en aquella época no conocía á don Alfredo; á su marido.

ADEL. ¿Luego usted se ha vendido á él?

ANGEL. No, señora; la oración es por pasiva: él se ha vendido á mí.

ADEL. Bien ha sido usted afortunado.

ANGEL. Tanto... como usted desgraciada. (*Pausa.*)

ADEL. Y... dígame usted ¿cómo tiene mi drama?

ANGEL. Muy adelantado, señora.

ADEL. No es fácil que lo vea representar, y siendo así me atrevería á suplicarle me dejase usted el original ejemplar.

ANGEL. No tengo ningun inconveniente, siempre que don Alfredo me autorice para ello.

ADEL. Bien se escapa usted por la tangente.

ANGEL. Mientras él viva...

ADEL. ¡Cómo mientras viva! ¿Hay peligro?...

ANGEL. Quizá.

ADEL. ¿Tan malo se presenta.?

ANGEL. Algo grave.

ADEL. Bien: ¿quiere pues venderme el drama?

ANGEL. ¿Yo?

ADEL. ¿En cuánto lo tasa usted?

ANGEL. ¡Señora!

ADEL. Entréguemelo usted y en cambio pida por él cuanto quiera.

ANG. ¿Tanto le conviene?

ADEL. ¡Oh, sí! además usted no sabe mi historia entera.

ANGEL. ¿Esas tenemos?

ADEL. Sí: yo no tengo familia y bien puedo decir que no la he tenido nunca.

ANGEL. ¡Miente, usted, señora! Tenía, usted, un esposo que la adoraba con toda el alma.

ADEL. Pero mi corazón, en aquella época ya formado, estaba ya de tal modo pervertido, que no bastaron cuidados, ni caricias, ni virtud, para aprender en esta, ni aceptar aquellos. Alfredo me olvidó por completo; no conocí mis padres.

ANGEL. Yo tampoco, señora, y no obstante el deber...

ADEL. Muy duro siempre se me ha hecho.

ANGEL. Ni parientes ni hermanos...

ADEL. Uno tenía que podía ser mi apoyo, pero... murió. Pero en fin, ¿se decide usted á entregarme el drama?

ANGEL. No, señora.

ADEL. Piénselo bien...

ANGEL. Nunca. Don Alfredo es mi amigo y jamás corresponderé, de tal modo, al que tantas pruebas me dá de su nobleza.

ADEL. Pues entonces, déjemelo, usted, leer.

ANGEL. No ahora. En otra época será.

ADEL. Yo le explicaré mi vida.

ANGEL. Enhorabuena.

ADEL. Yo le entregaré mis memorias y verá los dias de mi infancia.

ANGEL. Las acepto.

ADEL. ¿Será usted al menos mi amigo?

ANGEL. No puede serlo de usted, quien lo sea de su esposo.

ADEL. ¡Ah!

ANGEL. Lo dicho, señora. (*Marchándose.*)

ADEL. Aguarde usted. ¿Cuándo quiere mis memorias?

ANGEL. Me es igual.

ADEL. Pronto será. (*Entra en el gabinete.*)

ANGEL. ¡Diablo.!

ESCENA IV.

ANGEL, SANTIAGO *y á poco* ADELINA.

ANGEL. ¡Don Santiago.!

SANT. ¡Ah, es usted! (*Malicioso; siéntase.*)

ANGEL. Servidor.

ADEL. Pues bien, amigo mío; aquí tiene usted mis memorias, que no le serán del todo inútiles para el drama, que espero leer algun día.

ANGEL. Me atengo á lo dicho. Señores... (*Saludando.*)

ADEL. Adios, amigo mío.

ESCENA V.

ADELINA, SANTIAGO.

SANT. (*Sonriendo amargamente. Siéntanse.*) ¡Amigo mío! De la corte de parásitos que te rodea, ¿es ese el elegido?

ADEL. Santiago, eres muy pesado.

SANT. Ahora tienes buena ocasión para volver á la gracia de tu marido.

ADEL. Es verdad.

SANT. Angel, puede ser tu mediador: en tal caso, si éste logra de nuevo tus favores, no creo te diga ya «Mujer sin corazón, alma de hielo.» Ya sabes...

ADEL. Bien; pero ¿ya has visto á tu fiel María?

SANT. Sí. ¿Qué tiene de particular? Ha sido tu amiga y se ha educado en tu escuela. Sin embargo has visto tú tambien que Alfredo (*irónico*) es todo un caballero.

ADEL. En paz quedamos. Hemos saldado nuestras cuentas.

SANT. No así conmigo: veo no me olvida tan fácilmente. Acaba de girarme su representante en Londres una letra por valor de tres mil libras esterlinas.

ADEL. Y tú...

SANT. La he aceptado. ¿Cómo no?

ADEL. Luego tienes...

SANT. Sí: todavía mi apoderado puede pagar tres meses seguidos y diariamente una letra como esa. Tardará en verse el fondo de mis arcas.

ADEL. Bastante lo disimulas, pues no eres tan espléndido como antes.

SANT. Te engañas. Soy rico, inmensamente rico todavía y aún mi firma se abre paso, hoy, en todas las plazas (*Pausa*). Esto no obstante, lo que debemos hacer, es partir, cuanto antes, de este monótono y triste país.

ADEL. Pues, para mí, tiene encantos irresistibles.

SANT. Tendrá los que tú quieras; pero debemos partir.

ADEL. Yo, no parto.

SANT. ¿Te emancipas?

ADEL. Sí.

SANT. Adelina, ¿qué diferencia de nuestras conversaciones de hoy á las de un año atrás?

ADEL. Era lógico.

SANT. Sí, es la verdad y te lo confieso; ni me aflige, ni me sorprende... Pero óyeme.

ADEL. No, Santiago. (*Levantándose.*)

SANT. Adelina...

ADEL. ¡Déjame en paz! (*Váse.*)

ESCENA VI.

SANTIAGO.

¡Quiere tomar la revancha!... Es capaz de abandonarme: he venido á parar en manos de mi enemigo. (*Pausa.*) ¡Y María! ¡Oh, qué hermosa estaba! Quizá porque la he visto en brazos de otro, ¡del que se venga terriblemente de mí! (*Pausa. Muy bajo.*) ¡Arruinado!... Y no poder compartir con nadie mis dolores... ¡Oh, si pudiera retroceder en mi camino! ¡Todo, todo lo hubiera sobrellevado con resignación; todos los golpes de la adversa fortuna hubiera resistido, menos éste: ¡la infidelidad de mi esposa! (*Pausa.*) Quizá viéndola, conservándose inocente, me hubiera ante ella humillado, habríale pedido perdón por mis desvios y acabara mis días en un apartado y mísero cortijo, pero feliz, en sus brazos; mas, hoy, ya es imposible, está, como yo, también manchada; una barrera de fuego nos separa; nos aparta para siempre. (*Pausa.*) ¿Qué debo hacer? Adelina se resiste á seguirme; mi permanencia aquí, es insoportable; la mirada de Alfredo me ha manifestado que nada puedo esperar de él, sino guerra á muerte... No puedo pagar ya su última letra; todo, todo lo he perdido; solamente en la fuga encontrar podrán remedio mis desdichas. Pero solo, solo; esa mujer es un mueble

demasiado caro para mí. Con el amor de la otra... ¡ni soñarlo.... es imposible!...

ESCENA VII.

SANTIAGO, ALFREDO.

Sin embargo, ántes de partir, para siempre, bueno es que sepa mis motivos. (*Escribe, y Alfredo se coloca á sus espaldas.*) «Adelina, yo parto...»

ALFR. Es inútil, Santiago.

SANT. (*Ap.*) ¡Él!

ALFR. Harto se sabe tu ruína ya.

SANT. Bien te has vengado, Alfredo.

ALFR. ¡Oh, sí!

SANT. Hasta has descendido á mi terreno; hasta en ser criminal no has vacilado.

ALFR. Es verdad.

SANT. Nunca lo hubiera creido.

ALFR. Sí, Santiago; tu esposa es...

SANT. ¡Calla!

ALFR. Estamos saldados. (*Pausa.*)

SANT. Pues bien, Alfredo; tú eres más criminal que yo; porqué «*Culpa de mi amor, mi culpa era*»; pero, tú, has premeditado día tras día, hora tras hora, esa reconcentrada y lenta venganza, que hasta mina tu existencia, para romper todas las fibras de mi alma; ya, unas veces atacando á mis intereses, ya, por último, arrebatándome el único sér que me adoraba.

ALFR. He cumplido mi palabra.

SANT. Luego el plazo final...

ALFR. Aún no ha llegado. Cuando haya sonado la hora, que no está lejos, verás lo que ha sido Alfredo. En tanto no te separes: no apeles á tal medio, porque la interpretación que daría á tu marcha, esa sociedad, que aún hoy frecuentas, sería la de una cobarde y vergonzosa fuga.

SANT. Alfredo, has logrado tus designios; me has, por fin, completamente arruinado.

ALFR. «!*Ojo por ojo*! ¡*Diente por diente*!»

SANT. Acabemos, pues, de una vez; mi vida es insoportable. Motivos suficientes los dos tenemos

para odiarnos á muerte. Solo un duelo puede, y debe, decidir nuestras razones.

ALFR. No te impacientes, Santiago; recuerda que de mucho tiempo atrás estás citado.

SANT. Pues cuanto ántes mejor; bien pronto sea.

ALFR. No, todavía.

SANT. Pues, ¿qué aguardas?

ALFR. Trazado está mi plan, y así no olvides que «*no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*»

SANT. ¡Será cumplido! (*Váse.*)

ESCENA VIII.

ALFREDO.

¡Desgraciado! Me considera igual á él. Las apariencias han sido fatales para su esposa. ¡Pobre señora! No podía de ningún modo imaginar que á tanto llegara la perspicacia de Angel. ¡Y en qué punto, Dios mío!... y Adelina... nombre que abrasa mis labios, al pronunciarlo sólo: ¡más que nunca esquiva, caprichosa y casquivana!...

ESCENA IX.

ALFREDO, DOCTOR.

DOCTOR. Don Alfredo, esa señora que acaba de llegar esta mañana, doña María, pide con gran insistencia apersonarse con usted.

ALFR. ¿Se ha calmado?

DOCTOR. Un tanto.

ALFR. Que pase. Entre usted también, Doctor.

ESCENA X.

ALFREDO.

¡Pobre señora! ¡Cuánto siento haber agravado más, sin querer, hoy su desgracia!

ESCENA XI.

ALFREDO, MARÍA, DOCTOR.

MARÍA. (*Entrando.*) Don Alfredo, usted me ha vendido.

ALFR. No, señora... y, crea usted que soy sincero; no sabía la aparición en Ginebra de esos desgraciados.

DOCTOR. Es verdad, únicamente lo sabíamos don Angel y yo.

MARÍA. Mas, al fin, usted ha logrado su objeto.

ALFR. No lo era ya en aquel entónces; usted me había completamente regenerado; hasta de mis labios iba á salir ¡Le perdono! y, señora, el cielo ó el infierno no lo quiso; porque se presentaron en el mismo instante en que iba á salir el postrer aliento de mi venganza.

MARÍA. Yo debo sincerarme á sus ojos, caballero.

ALFR. De ningún modo.

MARÍA. Yo quiero verle.

DOCTOR. Es imposible, señora; más tarde, lo que es ahora, en este instante, sería una imprudencia.

MARÍA. Me juzga criminal.

ALFR. Dios descorrerá el velo.

MARÍA. ¿Qué debo hacer, pues, señores?

DOCTOR. Partir otra vez: su presencia aquí, ahora, es inoportuna.

MARÍA. ¡Partir! ¡Ay de mí!

ALFR. Parta usted, señora, y quede, en lo que de mí dependa, tranquila por la suerte de su esposo. Le ama usted demasiado para que yo le persiga Si tampoco, al fin, yo podría ser feliz.

MARÍA. ¡Oh gracias!

ALFR. Pero conviene purificarle más en el crisol de la desgracia.

MARÍA. Despedirme de él siquiera...

ALFR. Es el único medio de salvarle.

DOCTOR. Parta usted, cuanto antes, señora.

MARÍA. Sí; pero dejadme escribirle antes.

ALFR. Concedido.

MARÍA. ¡Oh! ¡gracias!

ALFR. Aquí tiene usted lo necesario. (*Señalándole recado de escribir.*) El billete quedará en mi poder, y el Doctor será el encargado de entregárselo cuando se halle, usted, lejos de estos países. (*Vánse los dos.*)

ESCENA XII.

MARÍA.

No quiero mostrar mis desvelos ni sacrificios, señor, tan sólo calmarle y hacer patente mi inocencia... (*Escribe*)

ESCENA XIII.

MARÍA, ADELINA.

ADEL. (*Dentro.*) Dile que ya nos veremos.
MARÍA. Esta voz...
ADEL. (*Desde el portal figurando hablar con otro.*) Corriente; mañana sin falta.
MARÍA. (*Levantándose.*) Es ella... Señora...
ADEL. (*Sorprendida.*) ¡María!... (*Quedan un rato paradas.*)
MARÍA. ¿Dónde está mi esposo?
ADEL. Vuestro...
MARÍA. Santiago.
ADEL. No sé: hace rato que no le he visto. (*María aparta el rostro de Adelina.*) ¡Os causa horror mi presencia! ¡Apartais el rostro!...
MARÍA. Horror... no, señora: en todo caso es lástima.
ADEL. (*Irónico.*) ¡Oh! Doña María, no se alarme, no se ruborice usted; creo que ha seguido mis huellas.
MARÍA. ¡¡Yo!!
ADEL. Sí; usted...
MARÍA. Señora, ¡salga, usted, de mi presencia! (*Con majestad.*)
ADEL. ¡No se escandalice usted!
MARÍA. No puedo resistirla... ¡salga usted!...
ADEL. ¡Pobre víctima! ¡Y qué bien finge! ja, ja, ja!...
MARÍA. ¡Socorro!... ¡socorro!...

ESCENA XIV.

DICHAS, ALFREDO, DOCTOR.

DOCTOR. ¡Señora! (*Interesándose por María que ha caido semidesmayada en un sillón.*)

ALFR. (*Cruzándose de brazos mirando á Adelina.*) Todo lo comprendo. (*Adelina baja la vista y avergonzada se escapa.*)

MARÍA. ¡Ah! (*Vuelve en sí.*)

ALFR. Y ¿esa es la que en otro tiempo fué mi esposa?

ESCENA XV.

DICHOS, *ménos* ADELINA.

DOCTOR. Doña María... Señora...

MARÍA. ¿Dónde estoy?

DOCTOR. ¡Entre amigos! Cálmese usted.

MARÍA. Esa mujer...

ALFR. Se ha marchado.

MARÍA. Yo la perdono.

ALFR. ¡Parta usted! No le convienen tales escenas, que podrían repetirse con frecuencia.

MARÍA. (*Levantándose.*) ¡Ay de mí!

DOCTOR. Yo la acompañaré á usted, hasta dejarla en Ginebra.

MARÍA. Gracias, Doctor. Vamos.

ESCENA XVI.

DICHOS, ANGEL (*azorado*).

ANGEL. ¡Señores, una desgracia!

DOCTOR. ¿Qué?

ANGEL. Nada. (*Porqué repara en María.*)

ALFR. ¡Pronto!

ANGEL. Pues bien: don Santiago...

MARÍA. Sí... acaba... (*Rápido.*)

DOCTOR. ¿Qué?...

ALFR. ¡Angel! (*Exigiendo.*)

ANGEL. Ha resbalado en el ventisquero.

MARÍA. ¡¡Muerto!! ¡Yo quiero verle! ¡yo quiero verle!...
DOCTOR. ¡Señora!...
MARÍA. ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SANTIAGO (*que sostenido por dos aldeanos viene moribundo.*)

MARÍA. ¡¡Esposo mío!! (*Se arroja en sus brazos.*) (*Pausa.*)
SANT. ¡Per...dón!
MARÍA. ¿Dudas de mí?
SANT. ¡No! ¡No! Per...dón... Alfredo...
MARÍA. ¡Doctor! ¡Sálvele usted!
(*Indica éste con la cabeza que no puede.*)
SANT. ¡Per... dón!
MARÍA. ¡Sí, esposo mio! ¡Te perdono!
SANT. Al...fre...do... Ma...ría... ¡Ah! (*Muere.*)
DOCTOR. (*Ap. á Angel.*) Es un cadáver.
MARÍA. ¡Santiago!... No me responde... no me mira... ¡Ay!
ALFR. ¡Dios se encargó de mi venganza! (*Cuadro.*)

(*María permanece arrodillada, prodigando ternezas á Santiago, á quien cree vivo todavía.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración que los dos actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, UN CRIADO (*entregándole un papel*).

ALFR. ¿Es la suma total la que arroja esta cuenta?

CRIADO. Sí, señor.

ALFR. Corre de mi cargo: pero que nadie, entiéndelo bien, absolutamente nadie, sepa quién ha sido el que la ha satisfecho.

CRIADO. Muy bien, señor.

ALFR. ¿Se han cumplido todas mis disposiciones?

CRIADO. Todas.

ALFR. ¿Puede usted darme más pormenores de su muerte?

CRIADO. Poca cosa puedo añadirle; iba sin duda á una excursión, ó paseo como estos dos días hacía, mas, tan abstraído sin duda estaba, que no oyó las voces que desde una colina inmediata le dirigían unos labriegos al ver que dirigía sus inciertos pasos hacia el ventisquero: ha resbalado en él; no le ha sido posible retroceder y ha quedado su cuerpo hundido en la nieve, de la cual con mucha dificultad le han sacado, casi cadáver ya; todos hemos acudido allí; sus primeras palabras han sido «*Confesión*», y luego, con esfuerzos desesperados, llamaba á su esposa, doña María.

ALFR. Y, ¿después..?

CRIADO. Se ha constituído el Juzgado en el lugar del siniestro; luego aquí, y después de interrogar, en

debida forma, los testigos presenciales el suceso, se ha procedido al levantamiento del cadáver, al cual han hecho autopsía, como usted ha pedido.

ALFR. Bien; conforme. (*Pausa.*)

CRIADO. ¿Se le ocurre otra cosa?

ALFR. No... sí; aguarde. Sin pérdida de tiempo, estas cartas á sus respectivos destinos. (*Se las entrega.*)

CRIADO. Muy bien. (*Marchando.*)

ALFR. Díle, al Doctor, que entre.

ESCENA II.

ALFREDO.

Lo único que he podido hacer en su memoria; salvar su nombre en las casas comerciales, respondiendo de sus firmas comprometidas, y hacer míos los gastos de su hospedaje. Tal ha sido mi venganza. ¡Ya no existe!

ESCENA III.

ALFREDO, DOCTOR.

ALFR. ¿Ha partido ya doña María?

DOCTOR. Sí, amigo mío: no quería de ningún modo apartarse del cadáver de su marido; su razón se trastornaba por momentos. (*Pausa.*) Venia para salvarle y ha sido providencial su presencia, porqué, al ménos, ha podido cerrarle sus ojos y endulzarle sus últimos momentos.

ALFR. Afortunado ha sido Santiago; y sin embargo, muy criminal era.

DOCTOR. Dios le ha juzgado.

ALFR. Poca mella habrá hecho en la otra, su muerte, ¿no le parece, Doctor?

DOCTOR. ¡Qué se yo! No sé descifrar á esas mujeres.

ESCENA IV.

DICHOS, ANGEL.

ANGEL. ¡Cuánta ostentación! ¡Cuánto aparato! ¡Cuánto lujo y brillo! Y sobre todo ¡Cuánta asquerosidad y miseria!

DOCTOR. ¿Qué es eso, Angel?

ANGEL. Señores, vengo horrorizado.

ALFR. Pero ¿qué es ello?

ANGEL. No sé; no sé expresarme. No me atrevo á calificar la miserable conducta de esa desgraciada; de esa impúdica cortesana, que, debe tener embotadas sus facultades intelectuales ó rotas las fibras de su corazón, si es que lo tiene, cuando se atreve á tanto.

ALFR. De todo la considero susceptible, ménos de la virtud.

ANGEL. ¡Qué horror!

DOCTOR. Pero ¿qué es ello?

ANGEL. Es el colmo de la insolencia, repito; vengo horrorizado.

ALFR. Pero...

ANGEL. Estúpida, al par que licenciosa y corrompida, sociedad rodea á esa mujer, no para darle el pésame por la violenta y desgraciada muerte del que les ha presentado como esposo ó siquiera acompañante, sino para felicitarla en su cumpleaños. Abre el marqués del Pinar, hoy, sus salones, y han aclamado entre estrepitosos aplausos y entre frenéticos vítores á esa desgraciada, por reina de la fiesta.

DOCTOR. Y, ella....

ANGEL. Con la sonrisa en los labios, sin dar ni aparentemente la más ligera muestra de dolor, sin haber derramado, áun ficticia, ni una sola lágrima á la memoria de su desgraciado amante, accede, señores, pásmense ustedes, accede á la invitación de ese libertino, y con un lujo verdaderamente asiático, veréisla arrastrar vestidos, engalanada con cien joyas y ostentarse con la arrogancia y voluptuosidad más degradadas.

DOCTOR. ¡Infeliz! Esa mujer...
ANGEL. Poco será cuanto de ella se diga.
DOCTOR. ¡Quién sabe! Quizá... Una idea me ocurre ¿Me permite usted hacer una prueba, don Alfredo?
ALFR. Una prueba...?
DOCTOR. Sí, respecto al corazón de esa...
ALFR. Libre es usted.
DOCTOR. Yo la veré.
ANGEL. Inutil empeño.
ALFR. No, Doctor. Yo lo haré de mí cuenta.
LOS DOS. ¿Usted?
ALFR. Sí: yo la veré. (*Pausa.*)
DOCTOR. No, por Dios.
ALFR. ¡Doctor!
DOCTOR. Conforme. (*Pausa.*)
ALFR. Angel: usted no le es indiferente; escriba.
ANGEL. Diga usted. (*Siéntase.*)
ALFR. «Señorita: (*Dictando.*) Quien se interesa por usted, desea hablarla, verla, para tratar de un asunto árduo para los dos...» Nada más... firme ahora.
ANGEL. Firmo. (*Alfredo toca un timbre.*)

ESCENA V.

DICHOS, UN CRIADO.

ALFR. Este billete á quien vá dirigido. (*Váse.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos el* CRIADO.

ANGEL. En tanto repasaré sus memorias.
ALFR. Sí, que si su autora ha sido tan verídica como criminal, lo que no creo, poco favor vánle á hacer.
DOCTOR. A veces, amigo mío, es la conciencia misma la que dicta.

ESCENA VII.

DICHOS, EL CRIADO.

CRIADO. Acaba de llegar el Marqués con la señorita Flora.

ANGEL. Que pase ésta. (*Váse el criado.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *ménos el* CRIADO.

ALFR. Dejadme, amigos míos; es la última tentativa; sin embargo, no os aparteis mucho; quiero que seais testigos de esta escena.

DOCTOR. Yo me encargo si usted quiere...

ALFR. Gracias, Doctor.

DOCTOR. No le conviene...

ALFR. Dejadme...

ANGEL. Pero...

ALFR. ¡Salid!... (*Vánse.*)

ESCENA IX.

ALFR. Vamos á encontrarnos frente á frente, solos. Tal vez me humille este paso; poco me importa; la más buena intención me guía. (*Pausa*) ¡Si la viese derramar una sola lágrima! ¡Si la pudiese contemplar arrepentida ó tan sólo muda ó conturbada! Pero no, no; ¡horror mil veces!... yo sólo quiero verla para apostrofarla, para gozarme, haciéndole recorrer toda su historia... Parece que viene, vale más que se encuentre sola en el primer momento. (*Se oculta.*)

ESCENA X.

ADELINA, *luego* ALFREDO.

ADEL. No hay nadie. ¡Angel... Angel! (*Sale Alfredo.*) ¡Caballero!

ALFR. ¡Desgraciada!

ADEL. ¿Qué quiere usted de mí?

ALFR. ¿Qué quiero? Que me veas tan sólo. Vengo...

para salvarte, si aún es tiempo. Que pares en mitad de tu carrera; que pienses un instante tu pasado; que mires un momento tu presente; que levantes la punta del velo de tu porvenir.

ADEL. ¡Caballero!

ALFR. ¡Adelina! ¿No encuentran eco en tu corazón esas palabras? ¿No ha quedado, ni áun en el más oscuro y hondo rincón de tu conciencia, un resto de honor, de lo que en otro tiempo tanto blasonabas? ¿A tal extremo has llevado tus locuras, devaneos y crímenes? ¡Ah! Hasta á los ojos de tus mismos cómplices te haces abominable.

ADEL. Ea, acabemos: se ha equivocado usted.

ALFR. No; escucha, madre desnaturalizada: ¿qué has hecho del fruto de tu deshonra? ¿Dónde está tu hijo?

ADEL. ¡Oh, déjeme usted!

ALFR. ¡Contesta!

ADEL. ¡Favor!

ALFR. ¡Calla, miserable!

ADEL. ¡Oh!

ALFR. Pronto, contesta. Y ¿tu hijo?

ADEL. ¡Murió!

ALFR. ¡Murió! Y ¿su padre?

ADEL. ¡Déjeme!

ALFR. ¡Ni una lágrima á la memoria del hijo; ni un débil recuerdo al padre, al que, por tí, se había arruinado!

ADEL. ¡Ay! (*Cogiéndola bruscamente de la mano*).

ALFR. ¡Oh, no! ¡Es preciso que me escuches! que repases tu degradada vida. ¿No lo recuerdas? Cinco años y tres meses cumplen hoy, que pronunciabas un solemne juramento al pié de los altares; que me jurabas ante Dios y el mundo que serías siempre mía y sólo mía. ¡Pérfida! ¿No lo recuerdas? Expósita ó poco ménos, sin familia conocida, ni averigüé tu origen, ni exigí pruebas, ni el más pequeño detalle, nada; sólo el corazón yo te pedía; y el amor que entonces me jurabas, aquel amor que era mi más codiciada dicha, que era mi más lisonjera esperanza, fué un sueño, ¡huyó! ¡qué digo huyó! jamás tuvo albergue en tu alma. Te hice depositaria de mi felicidad, de mi honor;

en tí confiaba; y con la saña más vil, con la más refinada villanía, con la crueldad más descarnada, has pisoteado una y otro, y has acabado siendo el sér más abyecto, más criminal y miserable· (*La deja otra vez y siéntase*).

ADEL. Alfredo, tu alejamiento...

ALFR. ¡Por fin me nombras! ¡Al fin has querido reconocerme! No intentes, no, revindicarte. Es falso ese pretexto que en más de una ocasión, para aminorar tus faltas has empleado. Tal ha sido tu pasado; tu presente, míralo; ante el que fué tu esposo; no es necesario que pinte tu porvenir, ya te lo predije.

ADEL. Basta, Alfredo; no conseguirás tu objeto. La palabra que deseas, no saldrá ahora, ni nunca, de mis labios. Todo cuanto decirme puedes, harto lo sé, Alfredo; así, pues, déjame en paz, que al fin nada lograrías tampoco.

ALFR. ¡Desgraciada! ¡Mira! (*Le arranca una cana.*) ¡Tu primera cana!

ADEL. ¡¡Ah!!

ALFR. ¿Te espanta?

ADEL. No lo sé.

ALFR. ¡Pobre flor, que marchitándote vas perdiendo uno á uno los encantos, como perdiste tiempo hace el candor y la inocencia, los más preciados adornos de las almas!

ADEL. ¡Basta! Adios, Alfredo.

ALFR. (*Cerrándole el paso.*) ¡No! ¿Dónde vas?

ADEL. ¡Déjame!

ALFR. ¡Nunca!

ADEL. Ea, acabemos. Rotos quedaron nuestros lazos! cuando, á tus piés arrodillada, te imploraba el perdón que me negaste. Tú lo quisiste, Alfredo. ¡Paso,

ALFR. ¡Vive el infierno! (*Deteniéndola.*)

ADEL. ¡Socorro! ¡favor! ¡socorro!

ESCENA XI.

DICHOS, ANGEL, DOCTOR.

DOCTOR. Señores...

ANGEL. ¿Qué es ello?...

ALFR. (*Serenándose.*) Nada.

ESCENA XII.

DICHOS, EL MARQUÉS DEL PINAR.

MARQ. Flora...

ADEL. Vamos, Enrique. (*Vánse los dos.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *ménos el* MARQUÉS *y* FLORA.

ALFR. ¡Maldición!

ANGEL. (*Ap. al Doctor.*) ¿Qué le parece?

DOCTOR. Déjenos solos. (*Váse Angel.*)

ESCENA XIV.

ALFREDO, DOCTOR.

ALFR. ¡Ay, amigo mío!

DOCTOR. Olvídela usted.

ADEL. ¡Oh, sí!

DOCTOR. No merece el aprecio de las almas honradas; no se ocupe, ni un solo instante, más de ella.

ALFR. ¡Horror mil veces! ¡Cuánto me pesa haber alternado con esa mujer!

DOCTOR. ¡Cálmese usted, amigo mío!

ALFR. De nuevo hánse abierto mis heridas.

DOCTOR. Retírese usted, necesita descanso.

ALFR. No; ¡aire! ¡aire! que me ahogo; esta atmósfera me envenena; ¡ay, amigo mío! ¡cuán desgraciado soy!

DOCTOR. Don Alfredo...

ALFR. Sí; esa mujer me ha horrorizado.

ESCENA XV.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO. A don Alfredo de Castro. (*Váse.*)

ALFR. Un billete... (*Lee.*) «El marqués del Pinar acaba

de partir, con su amante Flora, para la corte de Italia.» ¡Malditos sean!

DOCTOR. Don Alfredo...

ALFR. Déjeme. (*Quiere desasirse del Doctor: se oye el silbido de la locomotora.*)

DOCTOR. ¡No!

ALFR. Quiero ir en su busca, quiero...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ANGEL (*precipitado y con las memorias y el drama.*)

ANGEL. ¡Don Alfredo!

ALFR. Déjenme.

ANGEL. ¿Dónde está Adelina? Usted lo sabe...

DOCTOR. ¡Pero qué!

ANGEL. Ya no escribo el drama, ya no escribo; no, no; mirad. (*Rasga las cuartillas.*)

ALFR. Pero ¿qué pasa aquí?

ANGEL. ¿Dónde está Adelina? ¡Pronto!

DOCTOR. Acaba de partir para Italia.

ANGEL. ¡Don Alfredo, don Alfredo! ¡¡qué he hecho!! (*Consternado.*)

ALFR. Pero acabe...

ANGEL. Lea usted, lea usted sus memorias y verá que ella es...

ALFR. Pronto. ¿Quién?

ANGEL. ¡Mi hermana!

DOCTOR. ¡Es posible!...

ANGEL. ¡Hermana mía!

DOCTOR. (*Mirándolos á los dos que están sentados, abatidos, uno á cada extremo del escenario.*) ¡Jesús mil veces!

FIN DEL DRAMA.

EPÍLOGO.

Gabinete dormitorio de la esposa de don Santiago. Cama velada por unos riquísimos cortinajes en forma de pabellón. Al lado de dicha cama, un sillón con almohadones y en él aletargada ADELINA, muy demacrada, moribunda. MARÍA y ANGEL algo apartados, conversando. Ha pasado otro año desde el tercer acto del drama. La es cena pasa, como en el prólogo, en España.

ESCENA PRIMERA.

ADELINA, MARÍA, ANGEL.

ANGEL. Y bien señora.....

MARÍA. Pocas horas le quedan.

ANGEL. ¡Pobre hermana mia! (*Acercándose á ella*) ¡Cuán fatigosa es su respiración! (*A María.*) ¿Recibió usted nuestra carta á tiempo?

MARÍA. El día cinco. Inmediatamente acudí en persona al Hospital de Santa Cruz y alcancé el permiso para trasladarla.

ANGEL. ¡Oh, gracias señora! ¡Cuán buena es usted!

MARÍA. ¡Cumplo mi deber! Así pudiera devolverle la vida... Pero ¿cómo descubrió usted tan estrecho parentesco?

ANGEL. ¡Oh, señora! Que había tenido yo una hermana no ignoraba; pero allá en los oscuros días de mi infancia, murieron nuestros padres á consecuencia del terrible cólera morbo; me enviaron á un colegio mis tutores, murieron tambien éstos poco tiempo después y luego de Barcelona me trasladé á Valencia. Mi hermana, á quien tambien creía muerta, se marchó, con una su amiga, á la corte, segun refiere en sus memorias y, al cabo de poco tiempo, contrajo matrimonio con

don Alfredo, hechizado por sus encantos. Descuidada su educación y con un alma fogosa y llena de ilusiones, fué infiel á su esposo; el vuestro, señora, la sedujo y...

MARÍA. Sí, sí, ya recuerdo.

ANGEL. Mire usted... (*Adelina suspira y abre los ojos.*)

ADEL. Ma...rí...a. (*Con voz muy débil.*)

MARÍA. ¡Adelina!

ADEL. ¡Ay! Cuánto sufro!...

MARÍA. Animo, señora. Aquí tiene usted un amigo.

ADEL. ¡Amigo! No los tengo ya.

ANGEL. ¡Adelina! ¿No me conoces?

ADEL. Angel, si... ¿Y mi es...po...so?

ANGEL. (*Ap. á María.*) ¿No le ha dicho usted nada?

MARÍA. No; no me atrevo; á veces una ligera emoción...

ANGEL. ¡Oh! Yo no puedo resistir... Adelina escucha. ¿No te acuerdas de mí?

ADEL. ¡Oh sí! usted es el poeta que prometió escribir un drama basado en mi vida... y, yo, ahora se lo ruego de nuevo; acábelo usted.

ANGEL. No es eso. ¿No recuerdas, muchísimo tiempo atrás, cuando vivían tus padres, cuando vivían en Barcelona, aquí mismo, no recuerdas un hermano?

ADEL. Her...ma...no...

ANGEL. Sí: un hermano que en otra ocasión me dijiste que había muerto...

ADEL. ¡Oh sí! recuerdo...

ANGEL. Pues, no murió.

ADEL. ¿No? ¿Le conoce usted?

ANGEL. Sí, mucho.

ADEL. ¡Oh! ¿Dónde está? Dígamelo usted.

ANGEL. ¡Adelina! (*Enternecido.*)

ADEL. Pronto, que venga mi hermano, pero ya comprendo: no, no, que no me vea, se horrorizaría viendo á su hermana tan criminal.

ANGEL. No; que te ama mucho.

ADEL. Pues deseo verle también. Pronto, que venga mi hermano.

MARÍA. Adelina, la está á usted estrechando entre sus brazos.

ADEL. (*Mirándole de hito en hito.*) ¡Este... este!...

ANGEL. ¡Sí, yo soy tu hermano, Adelina mía.

ADEL. ¡Tú... tú!... (*Apartándolo de su lado para poder verlo más.*)

ANGEL. Sí, hermana mía.

ADEL. Pero...

ANGEL. Sí, yo soy tu hermano, según he visto en tus memorias.

ADEL. ¡Oh Dios mío! Tengo dos séres que aún no me abandonan en este instante tan supremo. Señora ¡cuán agradecida debo estarle! Dios se lo premiará sin duda.

MARÍA. Todavía puede esperar mayor ventura.

ANGEL. Sí; todavía puedes alcanzar la completa felicidad: ánimo, hermana mía.

ADEL. No: no puedo esperar nada, aunque animada esté de los mayores deseos; mi vida se extingue por momentos y no me es posible ni consagrarme á la penitencia, para alcanzar el perdón de mis horrendos crímenes... no me es permitido, no...

ANGEL. ¡Hermana mía!

ADEL. Escucha Angel; acércate, tengo que hacerte una confidencia.

ANGEL. No te fatigues.

ADEL. No: no tengas cuidado. ¡Ay! cuánto tiempo hacía que en mis oidos no habían resonado estas palabras de consuelo! María, acérquese usted también. Así: oid amigos míos... yo muero...

MARÍA. Señora...

ANGEL. ¡Adelina!.

ADEL. Sí: yo muero; mas ¡ay! la mayor felicidad que podría aún alcanzar en el último instante de mi vida, en el borde del sepulcro, lo que me haría sobrellevar con la más santa resignación y dulzura, ésta, mi dolorosa agonía, sería... no me atrevo...

MARÍA. Decid.

ADEL. Sería, aunque fuera despues de mi muerte, alcanzar el perdón de mi ofendido esposo; de mi olvidado Alfredo.

ANGEL. ¡Oh sí! Adelina, te perdona y aún más; vendrá á verte.

ADEL. ¡Oh gracias, gracias, Dios mío! ya puedo morir:

mas no, no todavía; después que le haya visto, sí; que venga pronto, pronto!...

MARÍA. ¡Cálmese, Adelina!

ADEL. ¡Ay, que no le veré!

ANGEL. Pronto vendrá.:.

ADEL. ¡María! ¡Cuán justo es Dios en sus juicios. ¡Venir á morir en la casa de la que tanto he ofendido! ¡Perdón!...

MARÍA. La perdoné mucho tiempo hace.

ADEL. Y tú, Angel, ¿no la perdonas á tu hermana? (*Tose con frecuencia.*)

ANGEL. ¡Calla! que me estás martirizando. Ya hablarémos en otra ocasión.

ADÉL. No, no: ahora.

ANGEL. Pues si; te perdono, Adelina.

ADEL. Gracias, muchas gracias, hermano mío; mas, ahora, atiende el encargo que voy á hacerte. Escribe el drama de mi vida para enseñanza de las que, como yo desgraciadas, olvidan por los fugaces placeres que brinda ese mundo, que mucho tiempo hace me ha olvidado, los puros goces del alma: el santo amor de la familia. (*Tose.*)

ANGEL. ¡Adelina! No te fatigues...

ADEL. ¿Lo escribirás?

ANGEL. No sé.

ADEL. ¡Júramelo! Mira que te lo exijo y el ruego ó el mandato de un moribundo es sagrado; no puede ser desatendido. ¡Júramelo por la memoria de nuestros padres! No contestas...

ANGEL. ¡Sí! ¡Lo juro! Escribiré.

ADEL. ¡Dios te lo recompense! ¡Ay! no puedo más. Alfredo, ven pronto, ¡ay!

ANGEL. (*Ap. á María.*) ¡Cuánto tarda!

MARÍA. (*Id.*) Se nos va esta mujer.

ADEL. Dios mío... perdón...

ANGEL: Sí, sí; te perdonará, hermana mia, como perdonó á la Magdalena.

ADEL. Prosigue... prosigue.

ANGEL. Dios es bueno y misericordioso, cree...

ADEL. Sí; creo en él...¡Ay! Adios... Alfredo, te envío... mi últi...mo... sus...pi...ro... ¡Ah! (*Muere.*)

MARÍA. (*Pausa. La observan.*) ¡Dios la tenga en su gloria! (*Angel oculta su llanto con un pañuelo.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALFREDO.

ALFR. (*Precipitado*) ¡Adelina!...
MARÍA. Miradla, señor... (*Mostrándole el cadaver.*)
ALFR. ¡¡Es tarde!! (*Queda con la cabeza caida sobre el pecho.*) (*Cuadro.*)

FIN DEL EPÍLOGO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡Ayes del alma! Drama en tres actos y un prólogo, en verso.

El alfiler de oro. Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.

¡Entre mi hijo y mi honra! Drama trágico en tres actos, en verso.

La Mujer de Urías. Drama en tres actos, prólogo y epílogo en prosa.

El Emplazado. Drama histórico, en cuatro actos, en verso

Lo mas malehit. Drama catalán, en tres actos, en verso.

Sanch Blava. Comedia bilingüe en un acto, en verso.

La Gitana. Leyenda de la Edad media, romance.

La Castellana del brazalete de oro. Leyenda de la Edad media, en verso

¡Belisa! Colección de cantares, dedicados á la musa Erato.

Mi pesadilla ó el boceto de una infame. Episodios, pensamientos y otras yerbas; en verso.

El hermano del mártir ó el catolicismo en España. Drama en un acto y en verso.

Poesías.